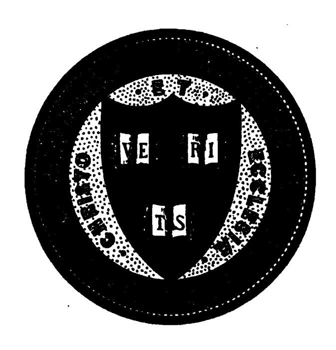
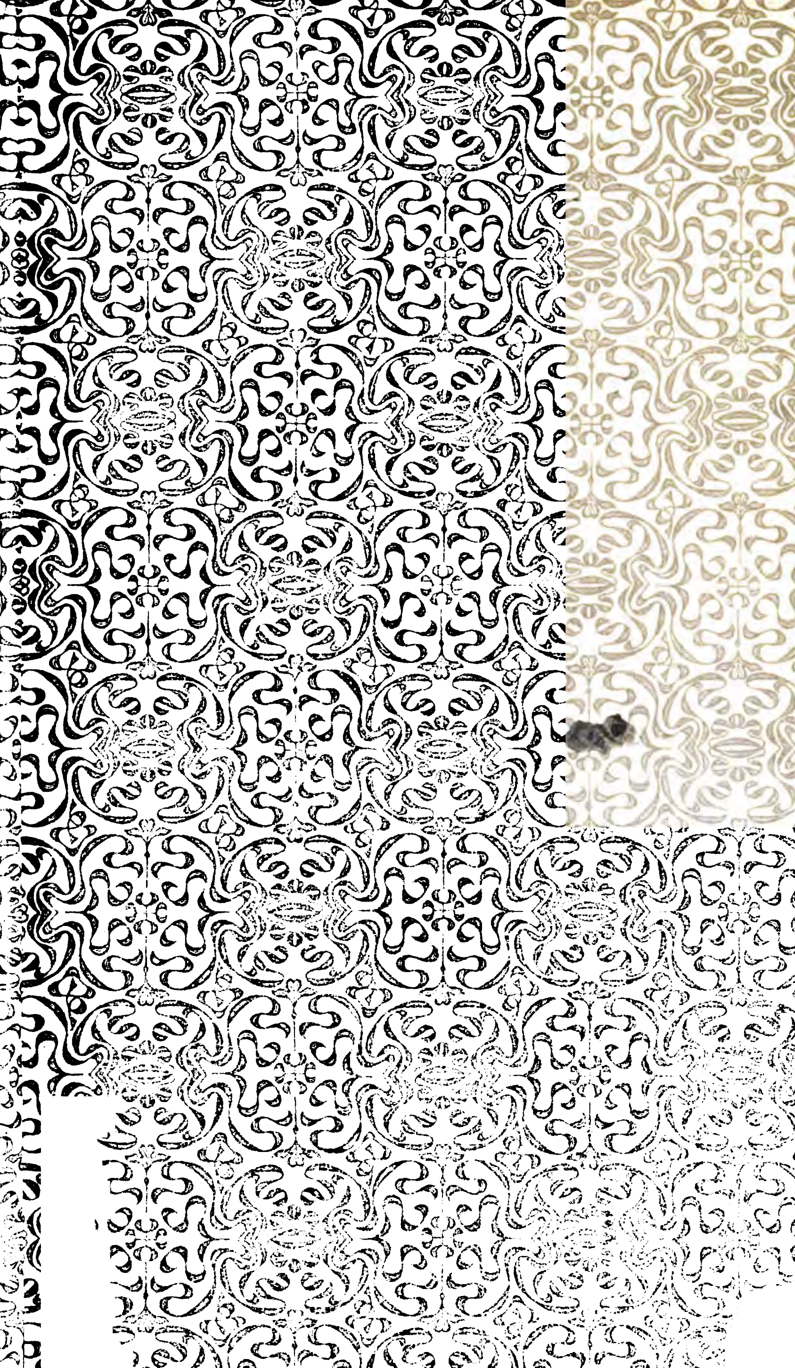

VE
RI
TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE



POESÍAS DE AGUIRRE



Aurelio Aguirre

BIBLIOTECA GALLEGA

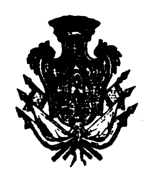
AURELIO AGUIRRE

POESÍAS SELECTAS

con un prólogo

DEL EXCMO. SR.

D. LEANDRO DE SARALEGUI Y MEDINA



LA CORUÑA

ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR

1901

Tipografía de la Casa de Misericordia.

PRÓLOGO

PRÓLOGO

La publicación del presente volumen de la BIBLIOTECA GALLEGA, hace ya tiempo esperada, satisface en parte una necesidad imperiosamente sentida en Galicia en los actuales momentos, en los cuales nunca será excesivo el celo que se despliegue para oponer eficaces reactivos á los extravíos del gusto que amenazan de muerte el porvenir de la poesía regional, cuyo estado presente se halla, en general, muy lejos del que alcanzó cuando salieron por primera vez á luz pública las bien nacidas producciones que contiene este tomo, por todos conceptos merecedoras de que las precediera estudio de más alto sentido y provechoso espíritu que el nuestro.

En este convencimiento, jamás nos hubiéramos impuesto voluntariamente la labor que emprendemos, siguiendo el consejo del gran poeta y célebre preceptista latino,

> Sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam
> viribus, et versate diu, quid ferre recusent,
> quid valeant humeri...

Pero apremios del deber, que consideramos suficiente disculpa de nuestro atrevimiento para aceptarla, nos obligan á intentar darle cima, en el límite de nuestros alcances, á falta de mérito propio que invocar en nuestro abono, con la esperanza de que, como dijo de uno de los suyos el discreto autor de *Los amantes de Teruel,* nuestros lectores perdonarán, por la bondad del libro, la prolijidad y molestia del prólogo.

Por dicha—y esta particularidad atenúa en algún modo los efectos de nuestra incompetencia en la materia,—las hermosas y selectas poesías en que vamos á ocuparnos, no exigen para ser desde luego aplaudidas y justamente apreciadas, ni más juicio preparatorio del fallo decisivo del público, ni otra fórmula de presentación que ligeras indicaciones acerca del carácter, objeto y colorido de las principales de ellas, ya que—por desgracia del autor y de Galicia—apenas se conocen actualmente, fuera del estre-

cho círculo de un corto número de admiradores de nuestras glorias regionales.

En los periódicos del país, primero, y coleccionadas bajo el modesto título de *Ensayos poéticos,* en 1857,—poco tiempo antes de la muerte del autor,—se publicaron la mayoría, si no la totalidad de las que dejó escritas, con éxito muy superior al alcanzado por todos los demás iniciadores del florecimiento poético que se inauguró en Galicia, bajo la influencia de la renovación política y social de España de mediados del siglo.

Pero, bien porque, todavía mucho menos intensa y generalmente sentida que en la actualidad la aspiración al renacimiento literario del antiguo Reino, les faltara ambiente apropiado para alcanzar aura más permanente y vividora; bien porque los cambios, las preferencias del gusto y las vicisitudes de la opinión que sobrevinieron muy pronto, hubieran podido también ser parte á producirlo, el hecho es—repetimos—que, de los inspirados cantos y las sentidas y amorosas quejas del malogrado poeta santiagués, apenas en la generalidad queda un vago recuerdo que la helada mano del tiempo no tardaría en borrar de la mente de la juventud gallega, como al parecer lo presintió y

adivinó el mismo Aguirre, cuando, dirigiéndose á ella, exclamaba:

Sobre mi frente
no brilla la corona del poeta:
en vano el alma inquieta
ambiciona tan ínclito presente:
pero un volcán de inspiración ardiente
hierve en su fondo, y entusiasta quiero
por vosotros cantar... y el bello día
que vuestro noble afán premie la gloria,
por galardón espero
que á la humilde canción del arpa mía,
consagreis con la patria una memoria...

Siempre triste y doloroso por diferentes conceptos, el fenómeno á que aludimos, resulta mucho más sensible y digno de llamar la atención, en este caso, comparando el destino de Aguirre con la popularidad alcanzada por otros varios poetas gallegos contemporáneos, con méritos infinitamente inferiores á los suyos.

Contraste desgraciadamente muy común entre nosotros, pero nunca sentido y lamentado con exceso.

Pocos, muy pocos seremos en Galicia los que nos deleitamos con el recuerdo de las poesías de Alonso, alguna de las cuales, á juicio de Larra, autoridad tan poco sospechosa como perita y competente en la materia, es de lo mejor que hay escrito en castellano y en cualquie-

ra lengua (1); y seguramente no serán muchos más los que mantengan viva la memoria de las que dió á luz Puente y Brañas (José), por no citar las de algunos otros poetas de la primera época de nuestra moderna regeneración literaria; mientras muchas que la crítica más elemental se resiste á reconocer dignas, no ya de competir, sino ni aun de sostener la más ligera y remota comparación con ellas, viven y pasan de generación en generación, como pasaba de mano en mano la antorcha en las fiestas de Vulcano.

Bajo este punto de vista, y por más que la reparación no alcance, por de pronto, toda la amplitud y la generalidad apetecibles,—aun cuando no estuviéramos como estamos, según un distinguido orador de nuestros días, en épocas de rehabilitación, en que no hay bandolero histórico, ni criminal de campanillas á quien no le salte un erudito á vueltas del primer archivo mal registrado, con su correspondiente apología, ó una junta municipal ó un especialista en centenarios que le decrete una estatua;—nada más natural, ni tan satisfactorio, al

(1) Obras completas, París, 1848, t. I.

propio tiempo, para nosotros, como que en la BIBLIOTECA GALLEGA, cuya envidiable historia honra á la voluntad que la impulsa y á la inteligencia que la dirige, y que tiene precisamente por principal objeto reunir y propagar todos los tesoros de las letras locales, olvidados ó poco conocidos en Galicia, ocupen un lugar preferente, ya que no de los primeros, en el orden del tiempo, por razones que no es necesario examinar y discutir ahora, las poesías que, después de maduro y concienzudo examen, hemos considerado y consideramos las mejores entre las bastante numerosas y dignas de justo aprecio y singular recomendación todas, que no sin esfuerzos de solicitud y diligencia han podido reunirse á título de testimonio de las elevadas y especiales dotes de poeta del que,—si la admiración que nos ha inspirado siempre, no ofusca nuestro juicio,—puede sostener ventajosamente el parangón con los primeros y más aplaudidos representantes del renacimiento literario regional gallego del siglo XIX.

Y no pretendemos significar con esto que las poesías de Aguirre, aun circunscribiéndonos á las comprendidas en el presente volumen, que no nos estimamos engañados al considerar, como acabamos de decir, las mejores del autor,

carezcan de imperfecciones y lunares, por lo general incomparablemente más dignos de disculpa en él que en otros muchos.

No seguramente.

Entre otras razones, porque si sería demasiado exigir de una razón madura y un gusto ya formado en la escuela de larga y laboriosa experiencia, pugnaría con el sentido más vulgar esperarlo de un joven arrebatado á las letras en la flor de la edad y de sus esperanzas, cuando apenas había tenido tiempo aún para pensar en la conquista del brillante porvenir que le sonreía al pisar los umbrales de la vida.

Resiéntense principalmente las producciones de nuestro poeta, tanto como de incorrecciones de forma,—á primera vista perceptibles y dependientes, en su mayor parte, de las deficiencias del *limæ labor* que aconseja Horacio,—de un grado no escaso de exageración en los afectos, fruto por una parte del ascendiente que el romanticismo conservaba todavía en España, al mediar la presente centuria, y por otra, de la reacción promovida por el movimiento revolucionario de 1854, uno y otro elemento combinados con los naturales efectos de la ardiente fantasía de Aguirre y su modo peculiar de sentir con intensidad y vehemencia extraordinarias.

¿Cómo había el poeta de prescindir de reflejar en sus obras la honda y triste impresión de sus poco afortunados amores juveniles, al mismo tiempo que las emociones presentes de la vida activa de su época, que tan fielmente respondían á la naturaleza de sus afectos y la generosidad de sus sentimientos?

Lamartine lo dijo:

No hay un alma de veinte años que no sea republicana: no hay un corazón gastado que no sea servil...

Y Aguirre no podía desmentir, ni desmintió la sentencia del poeta.

Sus hermosas composiciones *A una pescadora*, *El expósito*, *A un esclavo*, *El mundo*, y acaso más que ninguna otra, la intitulada *El mendigo*, son clara y ostensible muestra de la influencia que sobre la imaginación viva y fogosa del autor ejerció el carácter propio de la poesía de Byron, que Espronceda introdujo y generalizó en España; así como las dedicadas *A la señora doña J. M.*,—un romance de días, y es excelente!.. exclamó Hartzenbusch, admirado, en caso muy semejante al nuestro,—*A la llegada del Diputado D. E. R. P.*, *Al poeta cubano F. C.* y otras varias, reflejan con no menos fidelidad y relieve el espíritu liberal de Aguirre, fuerte-

mente excitado por las circunstancias del momento y de la sociedad en que vivía.

En este último orden de sentimientos y de ideas en el que, á no faltarle vida, seguramente hubiera llegado á conquistar la popularidad y el renombre de Manzoni en Italia y Delavigne en Francia, el alma apasionada del poeta se enardece, y, arrebatado por su fogosa inspiración, prorrumpe en cantos llenos de patriotismo y valentía, si bien no exentos de audacias de forma y fondo como las del brindis de Conjo:

Sol de la libertad, tu lumbre dame:
deja que el fuego que en tu rayo brilla
mi generoso corazón inflame,
y bajo el cielo de la fiel Castilla
entonaré mi canto...

cuya iracunda vibración recuerda la oda *Ao combate*... de Bettencourt Rodrigues:

Mas percorra-se, breve, a longa senda,
conquistemos os louros da contenda,
abram-se agora as jaulas imperiaes;
á luta! irmâos! á luta!.. «*Democratas
poisae o pé sobre as cabeças chatas
das viboras reaes!*..»

con la que compite en entusiasmo tribunicio, ó, dicho mejor, demagógico, al mismo tiempo que la supera en espontaneidad y buen gusto.

El mismo espíritu—aun cuando mucho más contenido—que en la inspiración á que aludimos, se trasluce, como no podía menos de ser, en el paralelo que establece en su entusiasta salutación *A la juventud gallega,* entre Colón y Bonaparte, el genio de la conquista que

Al fuego asolador de sus cañones
quiso fundir la raza con la raza:
sus cadenas tender de polo á polo;
y hacer de las naciones
una nación para oprimirla solo...

Únese en esta parte de la composición citada, á la emoción inherente al temperamento del autor, la excitación producida por el recuerdo de la invasión napoleónica, que conmueve fuertemente las fibras más hondas de nuestro ser; pero el poeta no agota con ese motivo su estro en transportes de ira y amargas imprecaciones, poseído del odio implacable al moderno debelador del orbe, que vibra y palpita en las inspiraciones de la musa rencorosa de Byron...

Le basta con volver los ojos á la solitaria roca donde el coloso agoniza desterrado y cautivo á los pies de la oligarquía inglesa, como Prometeo amarrado á la cima del Cáucaso, y rendir á sus tristes postrimerías el tributo propio de un alma noble y generosa:

Sonó en el cielo su tremenda hora!
El genio de Austerlitz, Marengo y Jena,
juguete vil de la fortuna llora
sobre el pardo peñón de Santa Helena!

Al mismo tiempo, justo es reconocerlo, el amor del ideal político, la exaltación febril del liberalismo, rayano en demencia, de nuestras primeras épocas constitucionales, no había llegado todavía, ni llegó felizmente en Aguirre, al extremo de anteponerse al sentimiento de la nacionalidad más puro y acendrado, pues por mucho que alguna vez parezca desmentirlo, como cuando se dirige al poeta cubano D. F. C. ó recuerda la muerte de Plácido,

en mal hora
por los hombres vilmente escarnecido...

el sentido general que resulta de la mayoría ó casi universalidad de sus composiciones de índole y naturaleza apropiadas al efecto, revela más bien que contradice la inspiración de un alma capaz de posponerlo y sacrificarlo todo á la incomparable gloria de morir por la patria, en su acepción más lata, con el pensamiento en ella y el arranque viril de Leopardi en los labios:

Alma terra natia:
la vita che mi desti ecco ti rendo...

En cambio,—y tal vez no aventuremos nada al suponer que bien puede haber sido esta la causa principal, cuando no única, del olvido en que se hallan entre nosotros las poesías de Aguirre,—no se descubre en todas ellas un solo rasgo del poeta regional, como nosotros lo comprendemos.

Apenas si una sola vez, refiriéndose á J. García, ha dicho:

Envanecido estoy de ser gallego,
porque gallega como yo naciste...

y recordó—incidentalmente también—en otras dos ó tres ocasiones á Galicia.

Por lo demás, ni las desventuras de su pequeña patria lo preocupan, ni sus recuerdos de gloria lo conmueven, ni sus esperanzas y sus aspiraciones lo impresionan.

Encerrado en el estrecho recinto de su vieja y amada ciudad compostelana, rodeado, como refiere nuestro docto y afectuoso amigo Murguía, de menestrales y artesanos, que es tal vez en los que menos huella imprime el sello de las peculiaridades locales, por efecto de la identidad de las condiciones históricas de la industria y la vida ordinaria del obrero en la generalidad de los distintos países del globo; ni tuvo

ocasión de connaturalizarse con la especial manera de pensar y sentir de la parte más genuina y esencialmente gallega de la población del país; ni se identificó con sus sufrimientos y sus aspiraciones de carácter regional; ni llegó á experimentar el mundo de emociones, afectos y recuerdos que la contemplación de nuestros tranquilos campos, regados con el sudor de muchas generaciones de resignadas víctimas de nuestras fatalidades políticas, económicas y sociales, despierta, al caer de la tarde, cuando la influencia del medio y los agentes exteriores contribuyen á determinar la predisposición del ánimo más adecuada para percibir sus dulces y conmovedoras impresiones.

En una palabra: Aguirre se encuentra, bajo este determinado punto de vista, en igual caso, y participó en el mismo grado que ellos, de la total ausencia de sentimiento local que caracteriza á la gran mayoría de nuestros poetas anteriores á la época presente, y que ¿para qué ocultarlo? preferimos con mucho á las febriles alucinaciones de varios de los actuales que, exagerando hasta el extravío el espíritu de la reacción regionalista á que asistimos, no vacilan en pronunciarse por el quebrantamiento de los seculares lazos de unión del territorio ga-

llego á la antigua corona de Castilla, soñando agravios y extremando los disentimientos locales como si se tratara de Polonia, dividida, disyecta y encadenada al potro de la tiránica opresión de los herederos y sucesores de la terrible Catalina, ó Irlanda abatida y devastada por sus feroces dominadores, incomparablemente más crueles que los primeros usurpadores normandos, con sus hijos diezmados por el hierro y el fuego enemigos, sus tierras secuestradas en masa, su religión proscrita y los últimos restos de sus antiguos pobladores arrancados después de sus hogares y vendidos como esclavos á los plantadores de Virginia y las Indias Occidentales ó confinados á las montañas y los pantanos de la derecha del Shannon, como refieren los mismos autores de aquella horrible iniquidad que surge en la animada exposición de Godkin con verdadera profusión de aterrorizadores caracteres (1), á cuyo lado palidecen las recargadas tintas con que la generalidad de los historiadores ingleses se esfuerzan en ennegrecer el cuadro de la dominación española en el nuevo continente.

(1) Land War in Ireland.

Por fortuna, jamás esclavitud comparable á la de ambas hermanas de infortunio ha pesado sobre los destinos de este antiguo Reino.

Podrá haber sufrido,—como más ó menos los sufrieron todos los diferentes estados peninsulares, definitivamente incorporados á la monarquía española, bajo el cetro de los Reyes Católicos,—ora la dura servidumbre del régimen feudal ó los excesos de los viejos poderes de derecho divino, ya los efectos de la general decadencia de la patria común ó las consecuencias de una centralización abrumadora y justamente aborrecida; pero entre todas estas causas de abatimiento y desventura y el prolongado martirio de los dos pueblos citados, hay una distancia inmensa que la reflexión permite medir con claridad suma, contra lo que, aspirando á dar mayor relieve al fundamento de las aspiraciones separatistas y antinacionales del regionalismo intransigente, se quiere suponer entre nosotros.

Y el hecho no es nuevo, ni de origen meramente circunstancial ó momentáneo como pudiera imaginarse, puesto que, hace ya medio siglo, Rua Figueroa decía, refiriéndose á Galicia, en versos mucho más ampulosos que correctos:

Vuelve á esa Irlanda ignota y despreciada
en que el vulgo español, siempre ignorante,
ver cree en su cerviz no domeñada
de servidumbre el sello vergonzante...

sin que, hasta ahora, esa absurda preocupación, fuera de toda realidad, haya dejado de influir y reflejarse, con palmaria evidencia, en los anhelos de reivindicación de las actuales provincias gallegas y hasta en el carácter excesivamente sentimental y quejumbroso de la poesía regional de nuestros días, enteramente distinta, en esta parte, de la galáico—portuguesa que floreció en nuestro suelo desde mediados del siglo XIII, bajo la influencia de la provenzal, imitada y modificada por los trovadores gallegos, con todas las cualidades distintivas de ella, y por lo tanto, ya amatoria, ya satírica, ya desenvuelta, ya obscena, como se ha dicho muy bien, á imitación de la famosa escuela de Aquitania.

Afortunadamente,—repetimos sin temor de razonable y fundada contradicción,—Galicia no está, ni con mucho, en el caso de Polonia ó Irlanda; de suerte que, ni puede alimentar los odios y los aborrecimientos que ellas abrigan contra sus opresores, ni podemos por lo mismo celebrar como peculiar distintivo de nuestra literatura propia, indígena, provincial, esencialmente gallega,—en todo el rigor de la frase,—

el desatentado exclusivismo que se traduce en determinadas manifestaciones del actual movimiento regionalista de algunos de nuestros antiguos estados monárquicos ó señoriales de la Edad media.

¿Cómo habríamos, pues, de preferir al divorcio de nuestros poetas de los afectos y los sentimientos locales, esa asociación puramente convencional y artificiosa al proceloso ideal del fraccionamiento y desmembración de la patria española?

De ninguna manera; porque mientras particulares circunstancias de identificación en las costumbres, en los sentimientos, los intereses y las aspiraciones, se relacionan como principio y fundamento de ellos, y hacen menos sensibles los efectos del primero de los fenómenos expresados, no hay excusa, explicación ni conveniencia local ó nacional alguna que preste la más ligera sombra de justificación á las peligrosas exageraciones de los entusiasmos regionales que irreflexivos soñadores se esfuerzan por legitimar, despertando el recuerdo de olvidados y en mayor ó menor grado imaginarios agravios, mucho menos que de carácter propio á determinar el que pretenden imprimir á sus temerarios ensueños, los que se proponen encender,

en algunas provincias de España, el fuego de la discordia, ¡triste es decirlo! con el insano propósito de entregar—como nuevos Erostratos—á la voracidad de sus crecientes llamaradas, el templo de la gloriosa nacionalidad á cuya sombra un Nuevo Mundo surgió, al conjuro del genio de Colón, de las rizadas espumas de los mares, y se salvó en Lepanto la civilización amenazada por el formidable poder de los señores de Bizancio.

¡Ah! Jamás nos cansaremos de repetirlo:

Una y mil veces mal haya
quien pulse lira de enconos
bajo el laurel de la patria...

EL MARQUÉS DE MOLINS

Como quiera que sea, y contrayendo de nuevo la atención al principal objeto de nuestro discurso,—que no quisiéramos alargar demasiado en obsequio á nuestros lectores,—los descuidos y defectos, á nuestros ojos disculpables todos, que abstracción hecha de su falta de colorido regional exclusivo, no podemos dejar de reconocer en las producciones del poeta que motiva el presente estudio, no llegan á empañar las bellezas en que abundan y que nunca creeremos elogiar más de lo justo.

Fruto de una inspiración robusta y lozana, se encuentran, por lo regular, en todas ellas, sin exceptuar las más defectuosas é incorrectas que conocemos, conceptos nuevos y atinados, profunda intención y espíritu varonil, no acostumbrado en la poesía gallega contemporánea, acaso con la sola excepción de las de Pondal y algún otro, en general lastimera y *saudosa*, como en confirmación de la teoría de las razas femeninas de Renan, con aplicación á las de la ascendencia de la nuestra.

Este último carácter, peculiar y distintivo de la condición propia de su corazón de fuego, que llega hasta traducirse en el nervioso empuje del brindis de Conjo, al que hace poco aludimos, repetido en otras varias obras de nuestro inolvidable cantor compostelano, pudiera, no sin razón, considerarse como el rasgo más saliente de su fisonomía literaria; pero, al mismo tiempo ¿cómo pasar en silencio sus demás cualidades de poeta, de las que bajo concepto alguno es posible dudar, ni dudará seguramente nadie que fije por un momento siquiera la atención en los tesoros de inspiración, ya enérgica y vehemente, ya tierna, sentida y blandamente amorosa, con que un celo nunca bastante aplaudido enriqueció la colección siguiente?

Porque el género de poesía á que nos veníamos refiriendo, no ha sido el único cultivado por Aguirre, que con igual fortuna y la misma espontaneidad,—quizás menos reñida con las reglas y los preceptos del arte de lo que algunos presumen ó pretenden,—que campea en la mayoría de sus composiciones de aquel orden, tan pronto corrigió las costumbres y satirizó las imposiciones sociales, en su epístola *A D. Francisco de Quevedo*, como traducía en las preciosas estrofas *A una huérfana*, toda una historia de lágrimas y desventuras: ora nos descubría los tesoros de su corazón en su bellísimo romance *A. F...*

> Es la virgen que yo adoro
> pudorosa sensitiva...

á juicio de muchos,—como en el muy humilde nuestro,—una de las mejores producciones del poeta, y á ninguna otra inferior en delicadeza y ternura, ora impresionaba dulcemente el ánimo, luchando por arrancar la explicación de su imponente lenguaje al mar sereno,

> El de las azules ondas,
> el de las mil armonías
> sublimes y misteriosas,
> el de brisas refrescantes,
> el de tempestades roncas,
> tesoro de mil tesoros,
> sepulcro de tantas glorias...

ó bien, hábil y primoroso artista, nos sorprendía con rasgos descriptivos de tan luciente colorido como la pintura del inmortal piloto genovés, en busca de las fabulosas riquezas del Catay de Marco Polo, al través de las nunca surcadas olas del mar tenebroso,

Sobre el rudo timón puesta la mano,
su derrotero meditando á solas...

Como poeta de sentimiento, aunque sin nada que asombre por lo sublime de la idea ó lo maravilloso de la forma, bastaría el recuerdo de las varias y profundas impresiones que sabía excitar y del encanto irresistible que conseguía imprimir á sus producciones de este género, para asegurarle un puesto distinguido entre las glorias de la literatura regional de nuestros días.

Efectivamente: qué percepción tan delicada, qué hermosa elocución, qué insinuante naturalidad en los conceptos, y sobre todo, qué gran corazón el suyo, que lo mismo y con igual espontaneidad se conmovía al calor de la pasión política y los triunfos del genio, que ante la cuna del niño dormido ó las lágrimas del desterrado!

Su corazón... el más raro y envidiable de los atributos de su excepcional naturaleza: su gloria

y su tormento al mismo tiempo; porque todo lo que nos eleva sobre el nivel común y ordinario de la sociedad en que vivimos, se obtiene casi siempre á expensas de la tranquilidad y el sosiego compatibles con las naturales contingencias de esta vida transitoria.

Repitiendo la antigua sentencia del célebre historiador de Halicarnaso, cantó perfectamente el poeta:

Que la desgracia, semejante al rayo,
las altas cimas para herir prefiere...

FERRARI, *Pedro Abelardo.*

Pero, por otro lado ¿no hay también placer, no hay seducción, no hay atractivo en las amarguras y las contrariedades que tienen su origen, á la vez que su natural compensación, en la conciencia y el hecho de una espiritualidad más elevada que la de la mayoría de los hombres que, á nuestro alrededor, viven y se agitan?

El solo sentimiento de esa superioridad basta muchas veces para moderar, por lo menos, los sufrimientos inherentes á las organizaciones dotadas de sensibilidad extraordinaria, que llegan hasta preferir este determinado carácter de su condición privilegiada á las más altas y singulares prerrogativas del entendimiento humano.

Goethe entre otros.

Tiene en más mi talento que mi corazón, decía por boca de uno de los seres que trajo á la realidad de la vida del arte su creadora y fecunda fantasía. Este corazón, añade, única cosa de que estoy orgulloso, única fuente de toda fuerza, de toda felicidad y de todo infortunio... Ah! lo que yo sé, cualquiera puede saberlo; pero mi corazón lo tengo yo sólo...

Seguramente no le faltaron á Aguirre motivos para estar también satisfecho y orgulloso del suyo, que la indecisión de sus primeros ensayos, pasando de un género á otro con movilidad extrema, recorriendo todos los tonos de la lira y todas las modulaciones de la armonía poética, nos permite apreciar en toda la riqueza y variedad de sus afectos, al propio tiempo que nos persuade de la constancia y la intensidad de sus esfuerzos por encontrar el campo más propio y adecuado para desarrollar su vigoroso estro, como si presintiera la proximidad del prematuro fin de sus días y se afanara en apresurar el fruto de su momentánea misión sobre la tierra.

En realidad, el número de poesías de que consta el presente tomo, en el que hasta han dejado de incluirse, por distintos motivos, algunas de las que quedan mencionadas, no está

en relación con la fecundidad del autor, ni acaso permita formar idea tan perfecta de su móvil y errante fantasía, como no sería difícil conseguirlo, añadiendo á las aquí reunidas algunas más de las que el diligente y celoso director de la Biblioteca Gallega ha logrado recoger para la realización del pensamiento á que obedece la publicación del presente volumen.

Mas, para lo que real y verdaderamente interesa á la literatura regional: para que el nombre del poeta, hasta ahora injustamente preterido en su misma patria, adquiera el brillo y significación que á justo título merece; y en una palabra, para cumplir y llenar el fin propuesto, basta á nuestro juicio el breve espacio á que, razones extrañas á la jurisdicción de la crítica, han obligado á limitar la preciosa colección que sigue á estos breves renglones, rica y variada en medio de la exigüidad de los límites á que ha debido reducirse, subordinando la extensión del lienzo á las obligadas dimensiones del marco que, en el presente caso, siempre nos parecería estrecho, como nos parecen parcos todos nuestros elogios, mucho menos que hijos—como pudiera tal vez creerse—de un amor apasionado á las glorias del país en que nacimos

ó de interesados y convencionales respetos, nunca como en la ocasión presente tan distantes del espíritu que guía nuestra pluma, además de las razones ya expuestas, por la muy poderosa, y á nuestro entender irreplicable, de que *on doit des egards aux vivants: on ne doit aux morts que la verité.*

Leandro de Saralegui y Medina

Ferrol, Marzo de 1898.

POESÍAS

Á LA JUVENTUD GALLEGA

Hermosa juventud..... sobre mi frente
no brilla la corona del poeta:
en vano el alma inquieta
ambiciona tan ínclito presente;
pero un volcán de inspiración ardiente
hierve en su fondo, y entusiasta quiero
por vosotros cantar... y el bello día
que vuestro noble afán premie la gloria,
por galardón espero
que á la humilde canción del arpa mía
consagreis con la patria una memoria.

Escuchadme. La pompa de los reyes,
la vanidad y orgullo de los hombres,
todo se rinde á las forzosas leyes
de mortal condición... Sobre los nombres
de opulentas ciudades,
el tiempo sus airados aquilones
desatando al pasar, de las edades
entre el polvo sepulta las naciones.
De su tremendo estrago
no se libraron Menfis ni Cartago;
cual frágiles aristas
desparecen guerreros y conquistas;
de los hombres el cálculo desprecia
si el peso de sus iras se desploma:
con Alejandro hundió la sabia Grecia;
hundió con César la triunfante Roma.

Hijo de la ambición y de la guerra,
audaz los ojos por la vieja Europa
tiende Napoleón, y estremecida
de uno al otro confín tiembla la tierra,
á su presencia de terror vestida;
le sonríe la gloria
do quiera que tremola sus pendones;
pisotea la historia;
los tronos iracundo despedaza;
al fuego asolador de sus cañones
quiere fundir la raza con la raza,
sus cadenas tender de polo á polo,
y hacer de las naciones
una nación para oprimirla solo.
Pero fijó en mal hora su mirada
sobre el jardín de la española tierra.

Su libertad al árabe ganada
con siete siglos de espantosa guerra,
defenderán los hijos de Pelayo
en lucha noble hasta perder la vida.
Sobre las altas cumbres de Moncayo
el águila imperial, de muerte herida,
se ve pasar con desmayado vuelo
á buscar su guarida
entre las rocas del nativo suelo.
¡Sonó en el cielo su tremenda hora!
¡El genio de Austerlitz, Marengo y Jena,
juguete vil de la fortuna, llora
sobre el pardo peñón de Sànta Elena!

¡Señor! ¿Es siempre tanta
del hombre la impotencia?
Cuando sobre la tierra se levanta
en alas de la ciencia
para sondar su misterioso arcano,
siempre así tu divina inteligencia
reduce su ambición á polvo vano?
¡Tiene el genio también ese destino?..
No. Ved en alas del saber profundo
al genovés marino,
para cambiar por un bajel un mundo
vagar de corte en corte peregrino:
vedle hambriento, desnudo,
con impasible calma
á las ofensas de su siglo rudo
mostrar serena el alma,
y llevar de su fe como sudario
el apodo de loco y visionario...
Vedle en medio del férvido occeáno,

domador de los vientos y las olas,
sobre el rudo timón puesta la mano
su derrotero meditando á solas.
Vedle escuchar impávido y sereno
la voz de la tormenta,
sin que le aterre el pavoroso trueno
que unido al rayo con fragor revienta...
mientras la turba que sin fe se agita
ante la incierta inmensidad medrosa,
¡Su muerte! airada grita.....
con ella amenazándole furiosa,
si al despertar el sol en el Oriente,
no encuentra el suspirado continente.

Lo encontrará: conduce su navío
el mismo Dios que le infundió esperanza
para lanzarle al piélago bravío.
Ya divisa la tierra en lontananza...
No era de su razón vano extravío...
Vedle, vedle triunfante
abrir los brazos con placer profundo
y llorando exclamar: Turba ignorante,
tiradme al mar, allí teneis mi mundo.

No era el de un loco su tenaz empeño:
derramando primores,
la visión tentadora de su sueño
endulza sus amargos sinsabores;
le bendicen los pájaros cantores,
auras y flores, céfiros y ríos,
cascadas y torrentes,
cocoteros y seibas y palmares,
con dulces murmuríos.....

mansos arroyos, cristalinas fuentes,
las llanuras, los montes y los mares,
y olvidando semíes y bohíos
aquella tierra virgen se levanta,
y el triunfo de Colón gozosa canta.

Ese es el genio; del Señor recibe
su santa inspiración; en los anales
de la inmortalidad su gloria escribe;
cada siglo le teje una corona;
en la epopeya de los tiempos vive;
ella su nombre y su virtud pregona;
y el sol esplendoroso de la fama
sobre su tumba su fulgor derrama.

Juventud entusiasta, no desmayes;
si en pos de gloria con afán caminas,
no olvides á Colón; con fe se alcanza
el porvenir honroso que adivinas
á través de tu sueño de esperanza.
Si por coger sus matizadas flores,
en punzantes espinas
se clavase tu mano,
no desmayes, alienta,
que en este inmenso valle de dolores
es el placer del sacrificio hermano;
en pos de la tormenta
que asorda el ancho mar, viene la calma,
como en pos de los tristes desengaños,
horas de dulce bien tornan al alma
de la vejez en los tranquilos años.
Yo amarraré mi nave á la ribera
de tan revuelto mar; no iré contigo:

en la noche fatal de mi carrera
la luz dudosa de mi estrella sigo,
ansiando, lejos de la patria mía,
otro sol, otro cielo,
donde pueda mi ardiente fantasía
independiente desatar su vuelo.

1857.

Á UNA HUÉRFANA

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
(QUINTANA)

¿Conque también tu lloras
y miras como carga maldecida,
pobre niña, tus horas?
Ya en la dulce mañana de tu vida
sin encanto amanecen las auroras.

Ya te produce enojos
el mundo en la niñez; ya ensangrentaron
tu mano los abrojos;
ya los rudos pesares empañaron
el cristal transparente de tus ojos.

Ya queman tu mejilla
esas gotas de hiel que vierte el alma
cuando al dolor se humilla,
como las hojas de la verde palma
á los rayos de un sol que ardiente brilla.

¡Aciaga fué la estrella,
niña infeliz, que presidió tu cuna!
Valiera más que en ella
encontraras dichosa la fortuna
de morir antes de crecer tan bella.

La célica hermosura
que por tu mal te ha concedido el cielo,
será en la tierra impura
la causa de tu amargo desconsuelo,
la fuente de tu triste desventura.

Joven y tan hermosa,
y en un rincón del mundo abandonada,
y entre harapos llorosa,
demandas tu sustento resignada
á vivir con tu suerte desastrosa....!

Ven, huérfana, y escucha:
de los hombres la cínica torpeza
te vencerá en la lucha
que con el mundo y tu virtud empieza,
porque eres débil y su fuerza es mucha.

Del vicio á los umbrales
rigoroso te trajo tu destino;
dichosa tu si sales
de su emboscada, por mejor camino
que el que te puedan indicar tus males.

Dichosa si examinas
de su jardín las engañosas flores;
dichosa si adivinas
á través de sus mágicos colores,
en medio de las hojas, las espinas.

Dichosa si la llama
de la ambición con su fulgor extraño
tu corazón no inflama,
y ves por el cristal del desengaño
lo falaz de su bello panorama.

Mas ¡ay! llegará un día
en que al verter tu doloroso llanto,
con falsa hipocresía
vendrá del mundo el seductor encanto,
y halagará tu joven fantasía.

Hoy lloras desvalida,
pero aún hay quien se duela de tu llanto:
mañana, envilecida,
¿quién llorará por tí, quién el encanto
te volverá de la virtud perdida?

¡Nadie! que la hermosura,
que por tu mal te ha concedido el cielo,
será en la tierra impura
la causa de tu amargo desconsuelo,
la fuente de tu triste desventura.

1855.

Á F.....

Es la virgen que yo adoro
pudorosa sensitiva,
que apenas la toca el aire
de mis amantes caricias,
veladora de su encanto
sus hojas plega ofendida,
no de mi amor, porque sabe
que es puro como ella misma,
como el color nacarado
de su frente alabastrina,
como el fuego de sus ojos
cuando candorosos miran
y su alma virgen revelan
en sus hermosas pupilas.

Puro, si, como la nieve
y el carmín que en vaga tinta,
dan vida, encanto, frescura
y color á sus mejillas;
como su pequeña boca
que á castos goces convida
cuando el coral de sus labios
entreabriendo, una sonrisa
deja ver, para tormento
de las almas que cautiva;
graciosos, menudos dientes
que dan al marfil envidia.....
puro en fin, como el conjunto
de sus gracias peregrinas,
que no hay pincel que las pinte,
ni palabras que las digan.

No mis amores la ofenden,
porque leyó el alma mía,
y siendo el único dueño
de los secretos que abriga,
sabe bien que no hay en ellos
ninguna idea mezquina
que prostituya la esencia
de este amor que en mí se agita;
purísimo sentimiento
que me hace amable la vida,
porque la negra borrasca
de mis pesares disipa-....
Amor..... que la flor revive
de mi esperanza marchita,
que mis dudas esclarece
y mi fe mantiene viva,

blanco cendal donde enjugo
las lágrimas desprendidas
de mis ojos, cuando lloran
las mundanales falsías;
amor íntimo, entrañable,
que me conforta y me anima
á luchar con la calumnia,
la insensatez y la envidia;
norte de mis ambiciones,
germen de mi poesía,
único y luciente faro
que á la gloria me encamina,
página la más hermosa
de la historia de mi vida.

Cuando de amores muriendo
fijo la mirada mía
en los castísimos ojos
que mis sentidos hechizan,
No me mires, no me mires.....
dice con voz argentina,
tan simpática y tan dulce
como el gemir de la brisa,
cuando las azules ondas
del mar sosegado riza
en una noche de Agosto
pura, serena y tranquila;
con voz más llena de encanto,
de amor y melancolía,
que el arrullo que en la selva
lanza la tórtola herida.
No me mires, no me mires...
dice trémula y suspira:

no mi amor burlando ingrata,
ni de mi amor ofendida,
pero sí de que mis ojos
con sus miradas impidan,
que se extasíe su alma
en las inefables dichas
de un amor puro y sublime
que ambicionó desde niña...
Por eso plega sus hojas,
pudorosa sensitiva,
apenas la toca el aire
de mis amantes caricias.

1859.

Á UN NIÑO DORMIDO

¡Ángel de paz! esta mansión de duelo,
este valle de afán y de amargura,
no es digno de tu ser... torna tu vuelo
á la morada que dejaste pura.

Á qué bajaste, di ¿Vienes acaso
con oculta misión para la tierra,
mensajero divino, ave de paso,
á revelar lo que la gloria encierra?

¿Quién en el mundo tu misión comprende?
De este espacio sin límite en que vives,
el aire que respiras no te ofende?.,
ó aire más puro del Señor recibes?

¡Ay! la infestada brisa de estos mares
no respires, purísima paloma:
no su ribera á contemplar te pares:
rumbo hacia el nido que dejaste toma.

No lo recuerdas, di? ¡Qué feliz eres!
En el regazo maternal dormido,
no conoces la miel de los placeres,
ni el veneno tras ellos escondido.

Vives sintiendo, sin saber que sientes:
derramando suavísimo beleño,
viene á tender sus alas transparentes
sobre tu rostro, cuidadoso, el sueño.

Y mientras duermes, lleno de ternura,
de una expansión de amor en el exceso,
sella tu frente nacarada y pura
del maternal cuidado el dulce beso.

Ese beso entrañable que perdemos
cuando á la edad del padecer llegamos,
cuando sediento el corazón tenemos
de amantes goces que después lloramos.

Dulce expresión de amor que se nos niega
cuando, perdida la primera calma,
la triste luz del desengaño llega
á iluminar la oscuridad del alma.

¡Dichosa oscuridad ¡Oh! quién pudiera,
del mundo en el revuelto torbellino,
parar del tiempo la triunfal carrera
y esclarecer la noche del destino!

¡Oh edad de la niñez encantadora!
paraíso risueño de la vida!
No tiene corazón quien no te llora,
alma no tiene quien de tí se olvida.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

No vales juventud con tus placeres,
con tus noches de orgía y de locura,
con tu gloria, tu amor y tus mujeres,
una de aquellas horas de ventura.

Inútilmente tu arrogancia lidia:
tu loco afán en su poder se estrella:
el festín más espléndido fastidia,
y enojo inspira la mujer más bella.

El más honroso lauro de la gloria
es duro peso á la orgullosa frente
del que recuerda la fecunda historia
del bien perdido, en el dolor presente.

A recobrar el infantil sosiego
no alcanzan ya tus bellas ilusiones...
¿Quién no compró con lágrimas de fuego
el falso bien de sus preciados dones?

¡Ah! no despiertes nunca, hermoso niño,
si no quieres perder el dulce encanto,
la maternal ternura y el cariño
del dulce beso que te envidio tanto!

¡No despiertes jamás! No: plegue al cielo
eternizar tu sueño de ventura...
y si despiertas ¡ay! torna tu vuelo
á la morada que dejaste pura.

1856.

Á LA MEMORIA DE D. A. O. V.

Tórtola triste que, al morir el día,
gimiendo buscas la arboleda umbrosa,
para llorar en una rama seca
viuda y sola:

Herida cierva que la selva cruzas
y el viento llenas con tus quejas hondas,
cuando tus hijos expirando miras
tras de la loma:

Ave siniestra de agorero trino
que de la noche en las augustas sombras
al marinero el temporal predices,
sobre la costa:

Murmullos vagos, misteriosos ecos
de mustias flores y de secas hojas,
auras errantes que oreais las tumbas
murmuradoras...

Para que pueda revelar mi canto
la oculta pena que en mi pecho mora,
dadme el acento de dolor que encierran
vuestras congojas.

¡Nadie me escucha en mi amargura triste!
¡no hay quien dolido á mi clamor responda...
y en vano ensaya mi laúd doliente
sentidas trovas!

Como del nauta, en la tormenta airada,
llevan los ayes las turgentes olas,
así en sus alas vagoroso el viento
lleva mis notas.

Ante ese mudo y misterioso libro,
fétido fango con humana forma.....
prenda mezquina que la vida deja
fugaz y corta;

De sus delirios desprendida el alma,
triste el poeta la mirada posa,
para apurar de la verdad impía
la amarga copa.

Cuanto del hombre en la vital carrera
la enamorada fantasía forja,
¡ay! todo, todo con su negras tintas
la muerte borra.

Y aunque del cielo misterioso baja,
ángel caído á recobrar su gloria,
sobre las tumbas armonías blandas
en vano evoca.

Su desconsuelo inspiración le niega,
muda su lengua el sentimiento torna
y hablan sus ojos que raudal copioso
de llanto brotan.

¡Ay! que si ufano se apellida cisne
y sus cantares en el mundo entona,
cuando el recinto de la muerte pisa
es hombre y llora.

Tu bien lo sabes, generoso amigo,
tu que contemplas mi dolor ahora
desde esa pura y celestial morada
más venturosa;

Tu que penetras cómo el alma sufre
cuando se mira sobre el munda sola...
Ya que tan sólo me concede el cielo
regar tu losa,

Ven; yo te ruego que aunque sea grato
el paraíso donde alegre moras,
si en mis veladas una vez te llamo
no me desoigas...

Ven á mi estancia, me será muy grato
pasar contigo las nocturnas horas
volviendo al alma de dolor transida
dulces memorias.

Murmullos vagos, misteriosos ecos
de mustias flores y de secas hojas,
auras errantes que oreais las tumbas
murmuradoras...

Para que pueda revelar mi canto
la oculta pena que en mi pecho mora,
dadme el acento de dolor que encierran
vuestras congojas.

¡Nadie me escucha en mi amargura triste!
¡no hay quien dolido á mi clamor responda...
y en vano ensaya mi laúd doliente
sentidas trovas!

Como del nauta, en la tormenta airada,
llevan los ayes las turgentes olas,
así en sus alas vagoroso el viento
lleva mis notas.

Ante ese mudo y misterioso libro,
fétido fango con humana forma.....
prenda mezquina que la vida deja
fugaz y corta;

De sus delirios desprendida el alma,
triste el poeta la mirada posa,
para apurar de la verdad impía
la amarga copa.

Cuanto del hombre en la vital carrera
la enamorada fantasía forja,
¡ay! todo, todo con su negras tintas
la muerte borra.

Y aunque del cielo misterioso baja,
ángel caído á recobrar su gloria,
sobre las tumbas armonías blandas
en vano evoca.

Su desconsuelo inspiración le niega,
muda su lengua el sentimiento torna
y hablan sus ojos que raudal copioso
de llanto brotan.

¡Ay! que si ufano se apellida cisne
y sus cantares en el mundo entona,
cuando el recinto de la muerte pisa
es hombre y llora.

Tu bien lo sabes, generoso amigo,
tu que contemplas mi dolor ahora
desde esa pura y celestial morada
más venturosa;

Tu que penetras cómo el alma sufre
cuando se mira sobre el munda sola...
Ya que tan sólo me concede el cielo
regar tu losa,

Ven; yo te ruego que aunque sea grato
el paraíso donde alegre moras,
si en mis veladas una vez te llamo
no me desoigas...

Ven á mi estancia, me será muy grato
pasar contigo las nocturnas horas
volviendo al alma de dolor transida
dulces memorias.

Murmullos vagos, misteriosos ecos
de mustias flores y de secas hojas,
auras errantes que oreais las tumbas
murmuradoras...

Para que pueda revelar mi canto
la oculta pena que en mi pecho mora,
dadme el acento de dolor que encierran
vuestras congojas.

¡Nadie me escucha en mi amargura triste!
¡no hay quien dolido á mi clamor responda...
y en vano ensaya mi laúd doliente
sentidas trovas!

Como del nauta, en la tormenta airada,
llevan los ayes las turgentes olas,
así en sus alas vagoroso el viento
lleva mis notas.

Ante ese mudo y misterioso libro,
fétido fango con humana forma.....
prenda mezquina que la vida deja
fugaz y corta;

De sus delirios desprendida el alma,
triste el poeta la mirada posa,
para apurar de la verdad impía
la amarga copa.

Cuanto del hombre en la vital carrera
la enamorada fantasía forja,
¡ay! todo, todo con su negras tintas
la muerte borra.

Y aunque del cielo misterioso baja,
ángel caído á recobrar su gloria,
sobre las tumbas armonías blandas
en vano evoca.

Su desconsuelo inspiración le niega,
muda su lengua el sentimiento torna
y hablan sus ojos que raudal copioso
de llanto brotan.

¡Ay! que si ufano se apellida cisne
y sus cantares en el mundo entona,
cuando el recinto de la muerte pisa
es hombre y llora.

Tu bien lo sabes, generoso amigo,
tu que contemplas mi dolor ahora
desde esa pura y celestial morada
más venturosa;

Tu que penetras cómo el alma sufre
cuando se mira sobre el munda sola...
Ya que tan sólo me concede el cielo
regar tu losa,

Ven; yo te ruego que aunque sea grato
el paraíso donde alegre moras,
si en mis veladas una vez te llamo
no me desoigas...

Ven á mi estancia, me será muy grato
pasar contigo las nocturnas horas
volviendo al alma de dolor transida
dulces memorias.

Murmullos vagos, misteriosos ecos
de mustias flores y de secas hojas,
auras errantes que oreais las tumbas
murmuradoras...

Para que pueda revelar mi canto
la oculta pena que en mi pecho mora,
dadme el acento de dolor que encierran
vuestras congojas.

¡Nadie me escucha en mi amargura triste!
¡no hay quien dolido á mi clamor responda...
y en vano ensaya mi laúd doliente
sentidas trovas!

Como del nauta, en la tormenta airada,
llevan los ayes las turgentes olas,
así en sus alas vagoroso el viento
lleva mis notas.

Ante ese mudo y misterioso libro,
fétido fango con humana forma.....
prenda mezquina que la vida deja
fugaz y corta;

De sus delirios desprendida el alma,
triste el poeta la mirada posa,
para apurar de la verdad impía
la amarga copa.

Cuanto del hombre en la vital carrera
la enamorada fantasía forja,
¡ay! todo, todo con su negras tintas
la muerte borra.

Y aunque del cielo misterioso baja,
ángel caído á recobrar su gloria,
sobre las tumbas armonías blandas
en vano evoca.

Su desconsuelo inspiración le niega,
muda su lengua el sentimiento toma
y hablan sus ojos que raudal copioso
de llanto brotan.

¡Ay! que si ufano se apellida cisne
y sus cantares en el mundo entona,
cuando el recinto de la muerte pisa
es hombre y llora.

Tu bien lo sabes, generoso amigo,
tu que contemplas mi dolor ahora
desde esa pura y celestial morada
más venturosa;

Tu que penetras cómo el alma sufre
cuando se mira sobre el munda sola...
Ya que tan sólo me concede el cielo
regar tu losa,

Ven; yo te ruego que aunque sea grato
el paraíso donde alegre moras,
si en mis veladas una vez te llamo
no me desoigas...

Ven á mi estancia, me será muy grato
pasar contigo las nocturnas horas
volviendo al alma de dolor transida
dulces memorias.

Tu me dirás qué porvenir me espera,
cuando formando mi olvidada historia,
recoja el mundo los profanos ecos
de mi arpa loca.

Y cuando alumbre la dormida tierra
el rayo azul de la naciente aurora,
despediré con un amante abrazo
tu amiga sombra.

1856.

DELIRIO

¡Señor! ¿Por qué la vi cuando creía
mentirosa quimera
esta que martiriza el alma mía
de inmenso amor abrasadora hoguera!

¿Por qué la vi cuando al amor ajeno
vivía en dulce calma
sin conocer á mis delirios freno,
virgen el corazón, virgen el alma!

¿Por qué la vi! Mis ojos la miraron:
á sus amantes ojos
demandaron amor, y sólo hallaron
la mirada cruel de los enojos.

En mal hora con magia irresistible
á sorprenderme vino...
¡Ah! si premiar mi amor era imposible
¿por qué viene á pararse en mi camino?

¿Bajó á la tierra para darme ayuda
del mundo en los azares,
ó para ser á mi lamento muda
y escarnecer mi duelo y mis pesares?

¿Qué me quiere? ¿quién es?.. ¿Desciende acaso,
divina mensajera,
á detener el atrevido paso
de mi mundana y criminal carrera?

¿Viene tal vez, estrella misteriosa,
para servir de guía
á mi nave, en la noche tormentosa
del ronco mar de la existencia mía?

¿Es la sombra doliente y enlutada
de algún genio perdido
que me viene á pedir desconsolada
que la arranque mi canto del olvido?

¡Oh!.. Decidme quién es... que no comprende
mi razón delirante
cómo en mi pecho misteriosa enciende
esta de amor hoguera devorante.

¡Señor, Señor! ¿Acaso es el suspiro,
la queja dolorida
de la que ingrato, indiferente olvido,
mujer un tiempo de mi afán querida!

¿Es la sombra tal vez de algún amigo
que deja su morada
y viene amante á recordar conmigo
dulces memorias de la edad pasada?

¿Será tal vez aparición sublime
de un padre que en la cuna
vió mi sonrisa y apenado gime
al mirarme sin nombre y sin fortuna?

¡Será la libertad á cuyo acento
con entusiasmo late
mi corazón, con cívico ardimiento,
sin temer los peligros del combate?

¿Es Galicia, Galicia la olvidada,
que con voz lastimera
al verse torpemente calumniada
viene á pedirme una canción guerrera?

¿O es el ángel, el ángel sonriente
de mi soñada gloria
que viene al fin á coronar mi frente
y á terminar el libro de mi historia?

No lo acierto á entender: doquiera sigo
su misterioso paso,
y su imagen do quiera está conmigo
para encender el fuego en que me abraso.

Y á contemplarla un día y otro día
mi espíritu no alcanza,
que lleva envuelta la mirada mía
un suspiro de amor sin esperanza.

¡Oh! Malditos mis ojos que la vieron,
mis ojos que la adoran
y que muero de amor no le dijeron
con las ardientes lágrimas que lloran!

1856.

EL MURMULLO DE LAS OLAS

Dime, dime, si lo sabes,
hechicera pescadora,
que por lo pura me encantas
y me encantas por hermosa;
tú que jugando en la playa
tranquila pasas las horas,
mirando tu rostro bello
retratándose en las ondas
que con amoroso beso
el enano pie te mojan,
cuando buscas en la arena
caracolillos y conchas,
con esa mano más blanca
que lo blanco de tu toca...
¡Ay! dímelo si lo sabes,
hechicera pescadora,
¿qué les dice á los que sufren
el murmullo de las olas?

Marinero, marinero,
el de la melena blonda,
el de los ojos azules,
galán de las pescadoras;
tú que sobre el mar naciste
y en el mar cifras tu gloria
cuando sus cristales cruzas
sentado sobre la popa,
dando suspiros al viento
por la virgen que enamoras,
que alegre sale á esperarte
cuando á tus hogares tornas,
para repartir contigo
la pobreza de su choza
y allí premiar tus afanes
con el beso de su boca.....
Dime, dime, marinero,
sácame de esta congoja,
¿qué les dice á los que sufren
el murmullo de las olas?

Dime tú, ser misterioso
que en mi ser oculto moras
sin que adivinar consiga
si eres realidad ó sombra,
ángel, mujer ó delirio
que bajo distintas formas
á mis ojos apareces
con la noche y con la aurora,
y á todas partes me sigues
solícita y cariñosa,
y en todas partes me buscas,
y en todas partes me nombras,

y estás conmigo, si velo,
y si duermo, en mí reposas,
y si suspiro, suspiras,
y si triste lloro, lloras.....
¡Oh! dímelo... tú lo sabes.....
dime, visión tentadora,
¿qué les dice á los que sufren
el murmullo de las olas?

¡Nadie, nadie me responde!
Mis preguntas les enojan!
¡Todos con risa sarcástica
del pobre loco se mofan!
Dímelo tú, mar sereno,
el de las azules ondas,
el de las mil armonías
sublimes y misteriosas,
el de brisas refrescantes,
el de tempestades roncas,
tesoro de mil tesoros,
sepulcro de tantas glorias...
Tú que me ves á tu orilla
en tí meditando á solas
por sondear el misterio
con que mi espíritu asombras,
ó desata, mar, tus iras
y estréllame en una roca,
ó dime lo que me dicen
con su murmullo tus olas.

A MI AMIGO D. F. L.

¡Ay amigo! ¿qué quieres que te cante
quien tiene el alma de dolor cubierta,
quien tiene triste el corazón amante
y tiene acaso la esperanza muerta?

Cantara yo si la mujer querida
dulce mi vida con su amor hiciera;
si á la pasión del alma combatida
dulce consuelo compasiva diera:

Cantara yo si mi canción de amores
enternecida y plácida escuchara
y mi terrible afán y mis dolores
en placeres dulcísimos tornara:

Cantara yo si á consolar mi lloro
descendiera benigna hasta mi lecho,
y exclamase su labio: Yo te adoro...
los latidos calmando de mi pecho:

Cantara yo si enamorada un día,
con amor endulzase mis pesares
y volviendo la paz al alma mía
inspiración prestase á mis cantares;

Mas ¡ay! ¿cómo cantar cuando la veo
tal vez indiferente al amor mío,
con su desdén burlando mi deseo,
mi ardiente amor juzgando desvarío?

¿Cómo cantar? Mi corazón pretende
el incendio apagar que lo devora,
y más la llama de su fuego enciende
su aparición divina y tentadora.

¿Cómo cantar si con terrible empeño
su belleza mis ojos van buscando:
si me persigue su visión en sueño,
si me persigue su visión velando?..

Tu que sabes amar... tu que enamoras
á una mujer que premia tus amores;
tú que vives por ella... que la adoras,
disfrutando tal vez dulces favores:

Tu que recibes su caricia pura
y comprendes el fuego en que se abrasa,
cuando henchida de amor y de ternura
su blanca mano por tu frente pasa:

Tu que tal vez en mágico embeleso
pasas con ella placenteras horas,
y la miel gustas de su amante beso,
y los martirios del desdén ignoras.....

Tu eres feliz.... tu mirarás la vida
convertida en celeste paraíso:
yo la miro en infierno convertida,
que así mi estrella por mi mal lo quiso.

Tu imaginando un porvenir divino;
yo devorando un torcedor terrible,
porque al cruzar el mundo, peregrino,
sin esperanza adoro un imposible.

A MI AMIGO EL POETA

D. Ricardo Puente y Brañas

Hace ya tiempo que en el alma mía
el eco de una voz está escondido,
y aún me halaga el torrente de armonía
con que una noche cautivó mi oído.
Los músicos raudales que vertía,
al corazón tornaban afligido
pasadas horas de perdida calma,
cuyo recuerdo bendecía el alma.

Era una voz tan llena de dulzura
como la voz de misteriosa ondina
que en los cristales de la mar murmura
una canción de amor, tan peregrina
que entre las sombras de la noche oscura
remeda en vano el ruiseñor que trina,
á compás del amante murmurío
que forma el aura cuando besa el río.

Era tu voz, con el divino halago
de aquel concierto que al pasar desprende
la brisa errante del sereno lago
donde sus aguas el olvido tiende:
lenguaje dulce, misterioso y vago
que sólo un alma de poeta entiende
y traduce en tristísimos cantares
con sus notas rimando sus pesares.

¿Me brindas á cantar? Si en la arboleda
su alegre canto el ruiseñor desata,
mudo el jilguero al escucharle queda,
su arpada lengua, á la dulzura ingrata,
con acordados trinos le remeda,
y al ver que en vano de imitarlo trata,
lanza en su loco afán triste gemido,
vergonzoso volando hacia su nido.

Tu que imitas el plácido murmullo
del aura de la tarde que amorosa
de las flores suspira en el capullo,
de su perfume virginal ansiosa;
y el dulcísimo son de aquel arrullo
con que á su par aduerme cariñosa
la tórtola en el bosque... tu que sabes
la musical cadencia de las aves...

Canta, canta... de célicos favores
te colmarán bellísimas mujeres,
que enjugarán tu llanto cuando llores
y partirán contigo sus placeres:
y al escuchar tu cántico de amores
irán contigo por doquier que fueres,
para escribir en páginas de gloria
el porvenir de tu brillante historia.

En tí se agita inspiración ardiente:
con ella puedes conquistar un nombre
y un honroso laurel para tu frente.
Canta, canta poeta... y no te asombre
la mirada del mundo indiferente...
que sobre el polvo que envanece al hombre
altivo el genio su victoria escribe
y más allá de los sepulcros vive.

Pero yo que en mitad de la tormenta
de los revueltos mares de la vida,
con desencanto que mi duelo aumenta
la inspiración de ayer lloro perdida;
en vano á mi delirio se presenta
lisonjera la gloria y me convida...
á su festín no iré como poeta,
que una mano de hierro me sujeta.

Pretendo en vano del mezquino suelo
mi espíritu apartar... á otras regiones
atrevido condor llevar mi vuelo
en alas de sublimes concepciones...
que está, para mi mal, rasgado el velo
del triste porvenir de mis canciones...
Yo no debo cantar cuando tu cantes:
debo escuchar cuando tu voz levantes.

1856.

Á UNA PESCADORA

Sencilla pescadora...
¿Por qué á mis ojos sin piedad te escondes
si el mirar de tus ojos me enamora!
¿Eres hija del mar? ¿No me respondes?
Por qué te turba la mirada mía?
¿Acaso es la primera
que fijaron en tí?.. Triste sería
que siendo el esplendor de la ribera
y viviendo entre tantos pescadores,
no admirase ninguno tus primores.

¿Sonríes?.. Imagino
que sorprendí por dicha tu secreto
al mirar ese rostro peregrino
cuyo candor purísimo respeto.
Enséñame tu amante...
llévame á donde está, que aquí lo tienes...
¡Oh! de seguro no estará distante
el guardador de tan preciosos bienes.
Cerca tal vez con ansiedad nos mira
y celoso de mí, por tí suspira.

Dices que no, tan triste
que la verdad en tu semblante leo.
Hija de humilde pescador naciste,
y eres pobre tal vez... ¡Oh sí, lo creo!
¡Te esquivó la fortuna,
y apenas brilla el sol de tu belleza
porque entre pajas osciló tu cuna!
No te sonroje, niña, tu pobreza,
que más bello á mis ojos aparece
el blanco lirio si entre zarzas crece.

Yo como tú en el mundo,
soy pobre, sólo tengo mis cantares,
rico venero, manantial fecundo
donde apago la sed de mis pesares.
Cantando soy dichoso,
y en mi pobreza valeroso lidio
contra el vano esplendor del poderoso.
Él podrá ser feliz, mas no lo envidio...
Soy joven... tengo fe... gloria ambiciono...
no, no cambio mi lira por un trono.

Pero tu, pobre niña,
tu no vives feliz... Tu sueño alcanza,
á través de la mar y la campiña,
el engañoso bien de la esperanza.
Tu viste otras mujeres
cubiertas de oro y arrastrando seda,
y envidiosa tal vez como ellas quieres
girar del fausto en la voluble rueda,
y tener en la edad de los amores
quien al verte codicie tus favores.

Tal vez con sus cristales,
fué la serena mar el claro espejo
donde viste tus gracias divinales
al asomar el sol... Con su reflejo
dió más brillo á tus ojos,
puros como su luz... Te viste hermosa...
la playa en que naciste te dió enojos,
y ambicionaste, incauta mariposa,
volar en torno de la ardiente llama
que tu sencillo corazón inflama.

¡Falaces ilusiones!
Esas bellas que juzgas tan felices,
quizá envidian llorando en los salones
la misma oscuridad que tu maldices.
Si vieras cuanto vale
la paz del corazón!.. ¡Si comprendieras
que no hay placer mundano que la iguale,
no saldrías jamás de tus riberas:
la sociedad ¡oh niña! es un martirio...
sus decantados goces un delirio.

¡Nunca de las ciudades
el ruidoso festín turbe la calma
que ajena de sus locas vanidades
y su pompa falaz goza tu alma!
¡Ay! tal vez esas bellas
que á la corte servil de aduladores
que en confuso tropel corre tras ellas
fingen un dulce porvenir de amores,
llevan oculto en el nevado seno
áspid cruel de matador veneno.

¡Si velando la cuna
del fruto de su amor, secos los ojos
de llorar el rigor de la fortuna,
á una madre infeliz vieses de hinojos
al pie de un Crucifijo,
con voz acongojada y dolorida
implorar compasión para su hijo...
para el hijo del hombre que la olvida,
y escarnece sus tristes padeceres
entregado al amor de otras mujeres!

. . . .

¡Si vieras sin reposo
á la triste beldad, sobre su pecho
sentir el yugo del odiado esposo,
con quien le obligan á partir su lecho...
Si en insomnio terrible
la vieras suspirar en su desvelo,
presa infeliz de vértigo indecible,
cuando recuerda que maldice el cielo
el beso de aquel hombre á quien engaña...
bendijeras gozosa tu cabaña!

¿Lloras ya! No lo extraño:
inocente y tan joven todavía,
todo el bien que atesora un desengaño
tu virgen corazón no comprendía.
Es un vergel sin flores,
al que rinden empero fiel tributo
con su trino de amor los ruiseñores:
árbol maldito de sabroso fruto:
triste faro que brilla en el desierto
y á la nave perdida enseña el puerto.

Sencilla pescadora,
perdona mi canción.—En el ocaso
brilla el sol, y la noche seductora
sale á su encuentro con medroso paso.
¡Adiós... que no aperciba
tus lágrimas el mundo... No merece,
ya que tu amor y tu hermosura esquiva,
mirar cómo llorando se oscurece
la luz hermosa de tu azul pupila...
¡Adiós, hija del mar!... vive tranquila!

1857.

AL LICEO DE LA JUVENTUD DE SANTIAGO

I

Vais á escuchar al trovador sin nombre,
al que otros días con sonoro acento
cantó la grata libertad del hombre,
llevando su atrevido pensamiento
á Dios, que las virtudes atesora
del pueblo triste que trabaja y llora.

Yo soy el que llevando mis cantares
hasta la humilde choza del mendigo,
para endulzar la hiel de sus pesares
le di mi mano, le llamé mi amigo,
y comí el negro pan que le da el mundo
indiferente á su dolor profundo.

Yo canté la virtud, y en torno de ella
el halago del crimen lisonjero
arrastrando á la cándida doncella
del vicio infame al criminal sendero,
donde aunque el mundo su flaqueza infama
llanto de fuego la infeliz derrama.

Otras veces sonora el arpa mía
en pos de la amistad y los placeres,
tras el brindis alegre de la orgía,
la belleza cantó de las mujeres
que en otros días para mí mejores,
mi pecho hicieron suspirar de amores.

Desorientado y triste peregrino,
la misión de cantar me marca el cielo.
Si de flores no borda mi camino,
me da, de mi dolor para consuelo,
sobre este mundo de miseria y lodo,
para cantar inspiración en todo.

También en el recinto de la muerte,
donde entre tumbas el olvido mora,
sonó mi voz; ante ese polvo inerte
donde el cristiano se arrodilla y llora
y á Dios humilde su oración levanta,
allí el poeta con orgullo canta.

¡Ay! perdonadme... Que se agita siento
en mi conciencia torcedor tirano.
¿Yo miserable con orgullo!... miento...
El sepulcro de un cisne americano
recuerdo, mundo, que pisando un día,
lágrimas tristes de dolor vertía. . . . .

¡Perdona por piedad, sombra querida!
Deja que el alma en sus delirios goce,
y que te dé su tierna despedida
mi amante corazón que te conoce:
oye la voz del triste peregrino,
y no vuelvas jamás á su camino.

No vuelvas, no... que si la muerte deja
un sepulcro no más, y éste se olvida,
por doquiera que vamos nos aqueja
el eco de una voz que está escondida,
para turbar del corazón la calma,
en los pliegues recónditos del alma.

Y esa voz, esa voz, amigo mío,
aumentando del alma las congojas,
murmura con las ondas en el río...
suspira con el céfiro en las hojas...
se mezcla de la fuente á los rumores...
se exhala en el perfume de las flores...

Y en vano lucha el pensamiento ansioso
de saber el lugar en que se esconde...
Con suspiro doliente y misterioso,
ella en la misma soledad responde...
¡Ay! yo en el mismo aliento que respiro,
oigo su triste y lánguido suspiro!

Ilustre vate: si en el cielo moras,
aunque mi voz se perderá en el viento,
como del alma en el vivir no hay horas,
conversando contigo el pensamiento,
de mi placer ó mi dolor testigo
eternamente vivirás conmigo.

¡Ah! perdonadme si en mi rudo canto
esta memoria le consagro pura.
Era poeta... le quería tanto,
que aunque el alma me llena de amargura
y fué muy triste para mí su historia,
no le puedo apartar de mi memoria.

II

Hermosa juventud, tiende tus alas,
y olvida las miserias de este suelo...
No te seduzcan sus mentidas galas...
Toma del cóndor el gigante vuelo,
y á Dios demanda la inmortal corona
que del artista la virtud pregona.

Ese no muere nunca... que la gloria,
al cumplir su misión sobre la tierra,
en las sagradas urnas de la historia
su claro nombre agradecida encierra,
y en los futuros siglos resplandece;
que la historia es el tiempo, y no perece.

Un sueño es el poder, y la hermosura
falso brillo de aurora pasajera:
honores que el talento no asegura,
ni la excelsa virtud, ¡vana quimera!
Los triunfos de la gloria eternos viven:
los vela Dios, porque su ser reciben.

El patrio amor á su divino templo
os encamina en sueños venturosos:
Europa os presta su inmortal ejemplo...
En honra de su patria generosos
mártires son de tan sublime idea,
los invictos soldados de Crimea.

Allí también mi pensamiento vuela,
allí suena el cañón; y al estampido
que los cobardes corazones hiela,
se entusiasma el espíritu aguerrido
de los que libres por su patria mueren,
porque la muerte al deshonor prefieren.

En medio del furor de la batalla,
con la sublime inspiración de Homero,
al hórrido fragor de la metralla,
quisiera yo entonar canto guerrero...
que al militar estruendo del combate,
libre en el pecho el corazón me late.

¡Mas... olvidemos ésa horrible escena
de sangre, de ruínas y de espanto!
Otra de luto y de orfandad ajena,
gallega juventud, es la que canto.
Canto la inspiración, faro divino
que alumbra de los genios el camino.

III

Canto esas horas de placer sublime
en que el alma se eleva, desprendida
de la mortal cadena que la oprime,
á ese espacio sin límite, atrevida,
á recoger el celestial aviso,
de que está el mundo á su poder sumiso.

Sí, que entonces con alma arrebatada
por un misterio que el profano ignora,
sube el artista á la mansión sagrada
donde el Señor Omnipotente mora,
y en medio sus espléndidas regiones
estudia las sublimes concepciones.

Entonces hasta Dios alza el poeta
noble la frente, y sobre el mundo canta:
coge el pintor pinceles y paleta,
y al universo con su lienzo encanta...
Y el músico con notas celestiales
busca un nombre en sus himnos inmortales.

Entonces su Quijote ve Cervantes,
y de su gloria al refulgente brillo,
lo escribe en caracteres de diamantes:
pinta entonces sus Vírgenes Murillo;
y suena en notas de divino fuego
el himno grato del ilustre Riego.

Entonces del cincel al poderío
sujeta Torrigiano el mármol duro:
inspirado Colón pide un navío
para encontrar su porvenir seguro;
y el divino secreto encuentra Talma
de cautivar el corazón y el alma.

Y el mundo duerme en tanto perezoso,
en su miseria y su desgracia hundido,
y al despertar, avaro y envidioso,
de su mezquina pompa revestido,
las grandes obras de los genios mira
y avergonzado de dolor suspira.

Entonces el magnate que altanero,
porque un título rancio halló en su cuna
menosprecia al honrado jornalero,
envidioso cediera su fortuna
por ese del saber rico tesoro,
que no lo compran ni el favor ni el oro.

Entonces los que grandes se llamaron,
los que á Cervantes mendigando vieron,
los que de loco al Tasso apellidaron,
los que cadenas á Colón pusieron...
si volviesen al mundo, envidiarían
lo grande que viviendo escarnecían.

Yo poeta no soy; pero en la calma
de la tranquila noche, si medita,
si en los cantos de Osián se absorbe el alma,
ó si mi labio trémulo, recita
las estrofas de Byron y Espronceda...
cautiva de su encanto el alma queda.

Tampoco soy pintor; pero en mi mano
coloco la paleta y los pinceles,
y envidio la corona del Ticiano,
renunciando los mágicos laureles
con que las frentes ínclitas ciñeron,
cuantos poetas en el mundo fueron...

Pero escucho la dulce melodía
con que Rosini el universo llena,
y siento que adormece el alma mía
mágica sensación que me enajena...
y á Vinci y á Velázquez tengo en poco,
y ante Weber me humillo... ¡pobre loco!

. . . .

Juventud... á tus ojos se presenta
el mar del porvenir sin temporales...
Sálvame cuando ruja la tormenta,
y el furor de sus recios vendabales
la nave altiva de mis sueños hunda,
y con el fango mi ambición confunda.

¡No sé qué playa al abordar me espera!
¡Misterio ingrato á mis profanos ojos!
Mas si náufrago llego á la ribera,
cuando el mundo recoja mis despojos,
—Era artista en sentir... habrá quien diga,
pero su estrella le alumbró enemiga.

VEN Á LA PLAYA

Objeto casto de mi amor sublime,
virgen botón de perfumada rosa,
tu que á las auras del jardín que habitas
prestas aromas:

Tu cuyo nombre en su amargura triste
trémulo el labio sin cesar evoca,
dándole al alma del poeta errante
sueños de gloria;

En la ribera de la mar tranquila
que amantes besan las azules ondas,
te está llamando el pensamiento mío
sobre una roca.

Ven á la playa que mi amor te busca...
Ven, no suspires en tu estancia sola...
Ven á la playa... te lo ruego amante...
Ven presurosa.

Ven si suspiras como yo suspiro
por esos goces que la tierra ignora,
por esos goces de un amor eterno...
virgen hermosa.

Por esos goces que disfruta el alma
cuando su vuelo á la mansión remonta
donde las almas que de amor murieron
viven dichosas.

Ven á la playa: de la mar al ruido,
sin que ninguno delirar nos oiga,
nuestras dos almas se dirán la pena
que las agobia.

La brisa errante de la fresca noche
en torno nuestro gemirá envidiosa,
de ver dos almas que fundidas viven
una en la otra.

Ven á la playa, que la mar te place...
La mar consuela tus querellas hondas...
Por eso en ella con los ojos fijos,
pasas las horas.

¿En qué meditas silenciosa y triste,
cuando contemplas sus inquietas ondas?
¿Pídesle acaso de tu amor ausente
dulces memorias?

¡Oh!... no me niegues tu infantil secreto...
No al alma mía tu pesar escondas...
¿Acaso sufres por mirarte lejos
de quien adoras?

Dime á quien amas... Con el arpa mía,
con sus más dulces y sentidas trovas,
le llamaré para que al ¡ay! acuda,
de tu congoja.

Y cuando estemos de la mar á orillas,
los tres sentados en la parda roca,
yo en mis cantares os diré de amores
dulces historias.

Mírale entonces con tus negros ojos...
Cédele el beso de tu linda boca...
Vivir sufriendo, si feliz te miro,
será mi gloria!

Yo soy el bardo desdichado y triste...
Alma que cruza por el mundo sola,
buscando el ángel que el amor comprenda
que ella atesora.

Mas ¿qué te importan los pesares míos?
Ven á la playa y vivirás dichosa...
¡Vivir sufriendo, si feliz te miro,
será mi gloria!

1857.

EL ALMA Y EL CORAZÓN

—Corazón: ¿sabes qué dijo
la virgen á quien adoras?
Que los hombres cuando amabais,
erais como mariposas,
que volando en los jardines
sobre las flores se posan:
liban su cáliz... y luego
ingratas las abandonan.
—Es verdad... Vete, alma mía;
dile una verdad por otra.
Dile que ese amor constante
de que las bellas blasonan,
es el amor de las flores:

abren su fresca corola
al rayo del sol, y luego
se marchitan y se agostan.
—Vuelves¿ dime, qué te dijo?
—Que la verdad es notoria,
mas que la flor... no es culpable,
y sí el sol que la deshoja.
—Pues dile que en igual caso
se encuentra la mariposa:
que si en la flor no se para,
es porque tienen sus hojas
¡colores cuando la mira,
espinas cuando la toca!..

1857.

INSPIRACIÓN

Deja, deja, cantor, que de tu lira
arranque un tono más mi ruda mano:
quiero también cantar; trovas me inspira
la expresión del acento soberano,
que al sacro templo de las artes guía,
los nobles hijos de la patria mía.

Quiero cantar, que me inspiró tu canto.
Aquí en el alma que se agita siento
fogosa inspiración... en fuego santo
arde también mi corazón, sediento
de conquistar ese glorioso nombre
que á la altura de un Dios coloca al hombre.

Soy artista también: también camino
con afán tras los ínclitos laureles
que hacen al hombre aparecer divino.
También tengo mi lira y mis pinceles,
y no los cedo, no, por cuanto encierra
grandioso y noble en su extensión la tierra.

Llámale necio á mi sentir, locura.
Me importa poco tu sarcasmo, mundo.
Cuando inspirado estoy, se me figura
verte á mis pies como reptil inmundo
que gime esclavo á mi poder sumiso,
lamiendo el polvo que orgulloso piso.

Como esos genios que al oir tu rima,
del porvenir el mar embravecido
se animan á cruzar, también se anima,
en su fuego mi espíritu encendido,
á conquistar ese laurel de gloria
que eternice en el mundo mi memoria.

Hijos del genio, sí: vuestros blasones
más dignos son que los que el mundo ostenta.
Vosotros los debeis á inspiraciones,
y humillado ante vos él se presenta,
decorando su estúpida pobreza
con timbres que le vende su vileza.

Si hubo un tiempo de oprobio y de rudeza,
dominado por déspotas señores
que al talento negaban la nobleza...
ya brillan de otro sol los resplandores.
Ya con nobleza y con misión más santa,
aristócrata el genio se levanta.

Hoy no se humilla, no; libre es su alma...
Nave guerrera sobre el mar del mundo,
ya se le muestre en apacible calma,
ya revuelva sus olas iracundo,
no es ya juguete de sus iras bravas,
porque las hace de sí mismo esclavas.

Lejos de vos la mengua y el desdoro
de querer conquistar vano renombre,
en que doblando la cerviz al oro
villanamente se degrada el hombre.
Otra enseña tened ante la vista...
Nobles las artes son, noble el artista.

Lanzáos, pues, á la gloriosa senda
del porvenir: vuestro entusiasmo ardiente
plégue le al cielo que mi canto encienda.
Y si algún día decorais la frente
con esos lauros que la edad respeta,
nunca olvideis lo que cantó el poeta.

I

AMOR PATERNO

¡Hijo de mis entrañas,
pobre hijo mío!
¡Qué no diera tu padre
por verte vivo!
¡Ay! te quería
mucho más que á mis ojos,
y que á mi vida!

Llorar por tí quisiera,
pero no puedo:
que de llorar me priva
mi sentimiento.
¡Harto comprendes
que mis ojos no lloran...
porque no pueden!

Hijo mío, hijo mío...
Si con mi vida
recobrases la tuya,
te la daría:
¡Ay! ¿Quién no diera,
no tan sólo una vida...
mil que tuviera?

Para mayor martirio
no te vi nunca:
nunca vi tu sonrisa
cándida y pura:
¡Mezquina suerte
¡ay! queriéndote tanto,
morir sin verte!

Morir sin ver tus ojos,
sin ver tu boca...
sin besar tus mejillas
encantadoras:
¡Sin darte un beso
y apretarte mil veces
contra mi pecho!

Aliento de mi aliento,
mitad del alma...
pedazo el más querido
de mis entrañas:
¡Ven, yo te llamo!..
¡Ten compasión de un padre
que sufre tanto!

Desde el cielo en que habitas,
ángel hermoso,
vela por quien te llora
como te lloro.
¡Ah!.. nadie sabe
lo que al perder un hijo
padece un padre.

Toma, toma mi aliento,
toma mi vida,
y acabará la pena
del alma mía:
Ven, que te llama
el doliente gemido
de mis entrañas.

Si en el mundo estuvieras,
prenda querida,
con el pan de mi boca
te mantendría:
Por tí pidiera
agua y pan para darte,
de puerta en puerta.

¡Hijo mío, hijo mío!
¿Por qué no vuelas
á endulzar de tu padre
la amarga pena?
¡Oh! di... ¿no escuchas
el eco lastimero
de mis angustias?

¡Toma, toma mi aliento,
toma mi vida,
ó arranca el sentimiento
del alma mía!
¡Ven, dame un beso,
y después de besarme
vuélvete al cielo!...

1857.

Á MI AMIGO EL POETA

D. M. M. MURGUÍA

¡ÁNIMO!

El poeta en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con frutos de bendición.

(ZORRILLA)

¡Poeta del dolor! ¡querido hermano
que lloras como yo tu bien perdido,
sobre la escoria del erial mundano!
Hoy que das tus quimeras al olvido,
llevando triste al corazón la mano
para pedir con suplicante ruego
á Dios que, con su soplo prepotente,
torne á encender el misterioso fuego
de tus vagos delirios de creyente...
hoy que quieres llorar... sin tener llanto,
de tí me acuerdo y con placer te canto.

Escúchame, poeta: en otros días,
(días acaso para tí mejores)
porque fácil en todo tu creías,
en el bien, en la gloria, en los amores...
de mis amargas dudas te reías.
Bien te decía yo que tiempo andando
(nunca me engaña el pensamiento mío)
dudarías también... Ya estás dudando,
y por eso á mi vez, de tí me río.
Dime ¿de tanto amor, de tanta gloria,
te ha quedado algo más que la memoria?

Hoy no dirás que es raro mi lenguaje,
porque ya la verdad rasgó su velo
y la conoces por su odioso traje.
¿Quieres vivir? Suspiras por consuelo?
Dile á tu Marta que del cielo baje...
Si para padecer no te hallas fuerte,
sueña, sueña... suplícale que acuda
la heroína del *Ángel de la muerte,*
y que te preste en tu dolor ayuda.
Sueña... busca tu lira y tus cantares,
y consuela con ellos tus pesares.

La virgen poesía, cariñosa,
cuando estás tristemente contemplando
de este baile de máscaras la prosa...
cuando estás en tu estancia suspirando...
¿no te dice al oído alguna cosa?
¿Quién empañó el cristal de tu esperanza?
¿Quién te robó la fe, tu dulce amiga?
¿Quién llevó á tu cerebro tal mudanza?
¿Quién te aconseja, dime, quién te obliga

á poner un disfraz y una careta,
y olvidar tus delirios de poeta?

¡No lo alcanzas tal vez!.. En hondo abismo
de confusiones se hundirá tu mente,
sin que pueda salir del embolismo:
Yo estoy curado de tu mal presente...
Te lo voy á decir: fuiste tu mismo...
Eran gloria y amor tu hermoso sueño,
amor y gloria tu ilusión dorada...
como yo los buscaste con empeño...
y no hallando en la tierra más que dolo,
dudaste como yo, viéndote solo.

Solo, si... solo... la verdad es triste,
pero al fin es verdad; en este mundo,
el poeta es un ser que solo existe,
porque no es digno de este lodo inmundo,
aunque con traje terrenal se viste.
Ángel era y pecó... con el martirio
Dios irritado castigó su yerro,
dándole por tormento su delirio,
y el páramo del mundo por destierro.
¡Ah! tu lo sabes bien, que tu memoria
guarda del genio la terrible historia.

Ve desde su sepulcro hasta su cuna
repasando las páginas malditas
del libro de su afán, una por una...
y en todas hallarás con hiel escritas,
quejas contra el rigor de la fortuna.
Homero, Camóes, Tasso, Cervantes,
y otros tantos sublimes pensadores

á quienes llamó el mundo delirantes,
¿sabes lo que alcanzaron?.. Sinsabores!
Cuando buscaron gloria, torpe envidia:
y demandando amor, negra perfidia.

Mas no desmayes, nó... Si el fuego santo
del entusiasmo en nuestras almas arde,
fuera indigno, por Dios, en el quebranto,
mostrar al mundo corazón cobarde.
Libre demos al viento nuestro canto...
Si es espinoso y áspero el camino
de la gloria inmortal, combatiremos
unidos, con valor, nuestro destino...
Si es forzoso llorar, juntos lloremos:
que las penas más rudas se minoran
y no son penas cuando dos las lloran.

¡Qué! ¿te quieres quedar en la ribera
del mar del porvenir que airado ruje
porque el hambre abordando nos espera?
¡Oh! no... sigamos el violento empuje
que nos imprima la borrasca fiera...
¿Qué importa naufragar! La vida es corta...
Si la patria por premio á los cantares
nos da mañana un hospital... ¡Qué importa?
Olvidemos, poeta, los pesares,
y ¡ánimo siempre! que la fe se alcanza
levantando un altar á la esperanza.

1855.

MI AMBICIÓN

Marchitas ya de mi ambición las flores,
una sola en mi ser guardo avariento,
y es el único y santo pensamiento
de velar á la flor de mis amores.

Cuidaré que el aroma y los colores
que forman mi placer y su ornamento,
no los marchite con su soplo el viento,
ni el sol con sus ardientes resplandores.

De mi doliente afán al casto arrullo,
cobró encanto, vigor y lozanía
su no tocado y virginal capullo,

Que sediento de amor languidecía.
Por eso cifro mi ambición... mi orgullo,
en velar esa flor que es sólo mía.

1858.

Á D. F. DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Una lágrima y un chiste
son un chistoso contraste.

(SANZ)

¡Oh Quevedo inmortad! Si tu vivieras
en el cómico siglo en que yo vivo,
y por chiste una vez venir quisieras
solícito á inspirarme cuando escribo,
¡cuantos graciosos chistes me dijeras,
con tu lenguaje en el decir festivo!
Porque, en verdad, el siglo en que viviste,
aunque pródigo en lances y aventuras,
y aunque en él á tus anchas te reíste
de sus raras locuras,
como que nunca un fósforo encendiste,
de muchas cosas... te quedaste á oscuras.

Y debieras dejar, sólo por eso,
de tu sepulcro las regiones frías,
para perder el seso
en el que llaman siglo del progreso,
riéndote á sabor de sus manías,
que el volumen al ver de su proceso
más que nunca tal vez te reirías.

Óyeme, y no te asombres
de que aún haya los mismos pareceres,
las mismas farsas con distintos nombres,
el mismo fingimiento entre los hombres
y la misma careta en las mujeres.

Aún hay dueñas, galanes y tapadas,
y enredijos, amores y quimeras,
y solteras que quieren ser casadas,
y casadas que quieren ser solteras,
y beldades antiguas, empeñadas
en negar sus ochenta primaveras,
siempre amantes y siempre almibaradas,
y todas, á pesar de sus achaques,
buscando mil maneras
de ocultar sus raquíticas caderas,
debajo de pomposos miriñaques
ó irritantes polleras,
donde á merced de su calor se crían
mil y mil pollos que en su torno pían.

Y aunque la cosa te parezca extraña,
aún hay, para dolor de los copleros,
muchos imitadores de Mendaña,
que nos buscan tenaces perdigueros...

Por doquiera que vamos, nos acosa
su turba revoltosa,
y enjaretar nos hace un mal soneto
requiriendo de amores á una hermosa,
que por burla los puso en tal aprieto.
Su lengua fastidiosa
sin cesar grita... Versos!
y nosotros rabiando se los damos,
y en renglones perversos
su dama sin amor enamoramos.
Todos nos buscan con diversos fines
y por diversos puntos...
y como quien encarga calcetines,
encargan versos sin que den asuntos.
Porque tienen creído
que, con dar dos palmadas en la frente,
en lenguaje correcto y escogido
brotan versos y versos de repente.

Hay necios á millares
(porque falta tu chiste divertidos),
como todos los necios habladores,
políticos profundos, defensores
de todos los partidos,
como á la vez de todos detractores...
que hallarías aún, si los buscares,
muchos plagios, Quevedo, de Olivares.

Hay de sabios inmensa algarabía;
que como va la ciencia tan barata,
todos nacemos sabios en el día...
Mas de muchos la gran sabiduría,
consiste en poner bien una corbata,

ó en usar veinte frases de novela
traducción del francés (pero á su modo);
que un talento de moda se revela
siendo francés en todo y para todo.

Yo, que con los caprichos de esa escuela
como buen español no me acomodo;
y como de mi traje cuido poco
y del vano exterior no hago reparo;
como la herida en lo profundo toco
y como siempre en el decir soy claro,
ellos, locos quizás, me llaman loco,
y ellas, raras tal vez, me llaman raro.
Y loco y raro, con dolor profundo,
ambos apodos sobre mí llevando,
sigo la farsa del revuelto mundo,
unas veces riendo... otras rabiando...
y tanto con su farsa me confundo,
que por farsa también... voy farseando.

¡Oh Quevedo inmortal! de tanta farsa
me quisiera librar, pero no puedo:
dióme el mundo un papel en su comparsa
y despojarme del me causa miedo.
¡Oh tú, que de tu siglo te burlaste
y tanto de su farsa te reiste...
tú, que á tantos á risa provocaste
y entre risas tus lágrimas vertiste,
porque riendo á tu pesar lloraste!
dame la sal de tu donoso chiste,
y en chistoso contraste
mi risa y mi dolor mi siglo engaste.

1854.

EL POETA

Errante peregrino, bajel en recios mares
á impulso de los vientos
juguete del azar;
cantando sus placeres, llorando sus pesares,
sereno ve el poeta
su juventud pasar.

De su inspirada mente no cruzan los espacios
ni la ambición bastarda,
ni el sórdido interés:
corona de diamantes, zafiros y topacios,
en sus dorados sueños
rodando ve á sus pies.

Es libre como el aura que agita cariñosa
las matizadas flores
de mágico jardín:
más libre que los giros de inquieta mariposa,
que ostenta sus colores
de púrpura y carmín.

El mundo le convida con su gentil belleza;
ofrécele el arroyo
su blando murmurar:
las brisas de la tarde le ofrecen su pureza;
las flores sus aromas,
las aves su cantar...

El sol su ardiente lumbre, sus bellos resplandores,
la solitaria luna
su plateada luz;
la aurora sus celajes de nítidos colores,
la noche sus encantos,
su fúnebre capuz:

El mar las recias olas que, á impulso de los vientos,
contra la dura roca
se vienen á estrellar,
ó bien las leves ondas que en blandos movimientos
suspiran con las auras,
las playas al rizar:

Las tardes del estío la cristalina fuente
refresca con sus aguas
su calorosa sien;
una mujer hermosa de alabastrina frente,
su amor y sus placeres,
del vate son también...

No es el placer bastardo de impúdicas mujeres,
que venden insensatas
los goces del amor,
y brindan en la copa fatal de sus placeres
ponzoña embriagadora,
veneno matador.

Su amor es casto, puro, como el gemir doliente
que en la cesárea Roma
del mártir se escuchó:
puro como la risa del párvulo inocente,
que en los maternos brazos
tranquilo se durmió.

Mas ¡ay! que si el poeta dichoso así respira,
también á veces tiene llagado el corazón
¡Ah! ¿quién en este mundo de farsa y de mentira,
no llora un desengaño, no llora una ilusión?

Oid.—Amó la gloria, y en su delirio ardiente,
los lauros inmortales del genio ambicionó:
ufano iba con ellos á coronar su frente,
y en vez de gayas flores, espinas encontró.

Su duelo y sus pesares para calmar un día,
corrió á la rica fuente que llaman amistad:
creyó calmar en ella la sed de su agonía,
y envuelta halló en sus aguas la torpe falsedad.

Á una mujer amaba como una virgen bella
y esa mujer el cielo también le arrebató.
¡Al dar con su sepulcro, porque lloró por ella,
el insensato mundo demente le llamó!

Por eso vive triste, sin paz y sin ventura,
y huyendo del bullicio de loca sociedad:
para apurar su cáliz de hiel y de amargura
le place de los bosques la muda soledad.

Y allí... mas no, no quiero de su dolor profundo
la lucha y los extremos profano descubrir.
¿Qué importa que los sepa en su cinismo el mundo,
si en vez de conmoverle tal vez le hagan reir?

Errante peregrino, llorando sus pesares,
dejemos al poeta sereno caminar:
oigamos con respeto sus fúnebres cantares,
mas no le interrumpamos... dejémosle pasar.

1854.

Á LAS VIGUESAS

Bellas hijas del mar que tanto admiro,
del mar azul que con delirio adoro...
del mar que arranca mi primer suspiro:
bien quisiera cantaros, pero ignoro
lo que os debo decir; y sólo aspiro
á que acojais la inspiración primera
que entusiasta brotar sentí en el alma,
al pisar la ribera
del mar dormido en seductora calma!

¡Ruda, humilde será, que al fin es mía,
y no quiso cederme la fortuna
los dones de la virgen poesía!

Como el país donde rodó mi cuna,
será triste, sombría...
pero será tan pura
como esa fresca y juguetona brisa
que no sé qué murmura
cuando mi frente refrescando pasa...
como vuestra sonrisa...
como vuestra mirada tentadora...
como esa leve y trasparente gasa
del perfil de la luna veladora...
pura como ese sol, como ese cielo
que á manos llenas derramó primores
sobre el rico vergel de vuestro suelo...
¡Oh! bien sé por mi mal que otros cantores
más felices que yo, vuestra belleza
celebraron en cánticos mejores,
pero más puros, no. Nunca villano
cedí torpe mi labio á la mentira...
jamás adulador puse la mano
sobre mi ruda lira...
Allí la vil adulación no cabe,
que nada espera y adular no sabe.

Tengo de vuestro encanto el alma llena...
arder siento mi frente...
pero quiero cantar y me encadena
la santa inspiración que arde en mi mente.
Mi garganta se anuda,
suspira el corazón, la lengua calla...
mi espíritu os evoca, y teme, y duda...
y en tan fiera batalla
vencido soy al fin... ¡ay! porque os miro
y sólo hablaros sé con un suspiro.

¡Oh! perdonadme, vírgenes hermosas...
otra lengua no sé para cantaros,
y con endechas tristes y enojosas
no quiero saludaros!
Que si la luz de vuestros lindos ojos
se empaña con las lágrimas del triste,
y si me niegan vuestros labios rojos
su hechicera sonrisa, nada existe
que aquí pueda encantarme... nada, nada.....
El vergel más fecundo en galanura,
la tierra más feraz y tapizada,
es como noche obscura,
si la mujer nublando su hermosura
triste al dolor se entrega,
y á nuestros ojos sus encantos niega.

Si cuando el sol á trasponer los montes
tintas diversas con su luz ensaya
y pinta peregrinos horizontes,
vagar me veis por la tranquila playa,
solo y meditabundo...
loco no me llameis, porque allí siento
henchida el alma de placer profundo.
¡Quiero tanto á la mar!.. tanto me place
admirar ese sordo movimiento
que se forma, se agita, se deshace,
y tal vez de las brisas al aliento
con nuevo encanto, donde muere nace;
que á revelar no alcanzo con mi acento
la plácida impresión que me domina
cuando á su lado estoy. ¡Oh! quién supiera
lo que murmuran las inquietas ondas
que, cuando el sol declina,
imprimen dulce beso en la ribera!

Yo te suplico mar que me respondas...
Dime... ¿qué historias son las que te cuentan?
¿Son secretos de amor los que te dicen?
¿Cantan ó se lamentan?
¿La tempestad gimiendo te predicen,
ó con ese concierto te bendicen?..

¡Callas, callas ¡oh mar!.. También yo callo:
que si cederme inspiración no quieres,
inútilmente con mi afán batallo...
¡Ah! vosotras, bellísimas mujeres,
perdonadme si lucho, y no consigo
revelar lo que siento en lo que digo!

1857.

EL SUSPIRO Y EL ALMA

Á F.....

—Suspiro, á dónde vas?—¡Cómo! lo ignoras?
Voy de tu oculta pena condolido,
á decir tus pesares al oído
del ángel puro que en silencio adoras.

—Quién te lleva?—Las brisas gemidoras
del apacible mar—¿Cómo has podido
adivinar quién es?—He sorprendido
tu secreto á las lágrimas que lloras.

—Dime ¿qué te dijeron?..—Que la viste
y esclavo de su mágica hermosura,
latir por ella el corazón sentiste.

—Vuelve, vuelve á mi ser... Mi desventura
no le digas jamás, suspiro triste...
Declararle mi amor fuera locura.

1857.

SOBRE SU TUMBA

¡Ay! dejadme llorar, dejad que amante
mi corazón, cubierto de amargura,
ayes y quejas de dolor levante
á la morada celestial y pura,
á donde huyó, para adorarme un día,
la querida mitad del alma mía!

¡Ay! dejadme llorar: si habeis amado,
si en los abismos del no ser perdida
con lágrimas de fuego habeis llorado
la más bella ilusión, la más querida;
comprendereis el torcedor horrible
de amar sin esperaza un imposible.

Comprendereis el rígido tormento
que el alma sordamente me devora,
cuando en ella, verdugo el pensamiento,
buscando mi esperanza engañadora,
el breve cuadro de mis glorias pinta,
triste y velado por funesta tinta.

¡Ay! ¡Quién paró tu límpida corriente,
manantial de dulcísima ternura?
Quién apagó tu brillo refulgente,
blanco lucero de mi noche oscura?
Quién robó tu perfume y tus colores,
blanca flor de mis últimos amores?..

¡Por qué en tus ojos por mi mal no brilla
la mirada de amor que me halagaba?
El tímido carmín que á tu mejilla,
detrás de tu sonrisa se asomaba,
¿dónde se oculta, justo cielo, dónde?
¿Por qué á mis ojos sin piedad se esconde?

De la vida en la hermosa primavera,
por los floridos cármenes corría,
en busca de la dicha lisonjera
que soñaba su virgen fantasía,
batiendo en torno de sus ricas galas,
blanca paloma, sus nacientes alas.

Joven ayer y de esperanzas llena,
en dulce amor aprisionada el alma,
por los cristales de una mar serena,
bajo el suspiro de la brisa en calma,
cruzaba su bajel con rumbo cierto
de su ventura al suspirado puerto.

Ya de su porvenir rasgado el velo,
llena de vida y de entusiasmo ardiente,
cuando buscaba con amante anhelo
la corona nupcial para su frente,
en el supremo instante de ceñirla,
vino en polvo la muerte á convertirla.

¡Ay! para siempre adiós... Yo en este valle
quedo para llorar mi desventura,
y nadie habrá que mi dolor acalle
al visitar tu triste sepultura!
¡Sólo del alma escuchará las quejas
la triste soledad en que me dejas!

Y en medio de la noche solitaria
elevaré sobre el dormido mundo,
lleno de amor, tristísima plegaria,
cuando aumentando mi dolor profundo,
se despierte cruel en mi memoria,
esta página triste de tu historia.

1856.

EL MUNDO

Cuando salga la aurora
á esparcir en el mundo sus colores,
cuando despierten las nacientes flores,
cuando salgan las aves á cantar;
yo triste con las flores y las aves
iré al campo también, hermosa mía,
y entre el ramaje de la selva umbría,
aves y flores me verán llorar.

Y cuando el sol se oculte
tras la elevada cumbre de los montes,
al contemplar los vagos horizontes
que no puedan mis ojos alcanzar;
esperaré el silencio de la noche,
llamaré las estrellas y la luna,
y desde el alto de su eterna cuna
luna y estrellas me verán llorar.

Pero será en secreto,
que no quiero que el mundo sepa nada,
porque tal vez con torpe carcajada
menosprecie mi llanto y mi sufrir.
Sí: porque al mundo indiferente á todo...
á ese juez en sus fallos ignorante,
es preciso mostrarle en el semblante
lo que no puede el corazón sentir.

. . . .

Mas, no: no quiero, mundo, marchar con tu falsía:
abunda en sentimiento mi joven corazón.
¡Oh! no, mezquino mundo: jamás el arpa mía
tributará á tus seres servil adulación.

Arrástrense los hombres en ese cieno inmundo
que en su delirio vano llamaron sociedad.
Yo quiero vivir libre: de ese mezquino mundo
no quiero á los caprichos vender mi libertad.

1856.

BRINDIS

Sol de la libertad, tu lumbre dame:
deja que el fuego que en tu rayo brilla
mi generoso corazón inflame,
y bajo el cielo de la fiel Castilla
entonaré mi canto... Haré que llame
á los vástagos dignos de Padilla,
para decirles de su gloria en nombre
que no ha nacido para esclavo el hombre.

Que es hechura de un Dios omnipotente,
y que su imagen esculpida lleva,
para eterno blasón, sobre la frente
que con orgullo al firmamento eleva:
y que su origen celestial desmiente
y alma mezquina y miserable prueba
el que teniendo corazón y manos,
sufre el yugo sin ley de sus hermanos.

Todos hijos de un padre hemos nacido
y es mengua el privilegio de la cuna:
honra dá la virtud, no el apellido,
ni el halago de próspera fortuna.
Cristo es hijo del pueblo. Él ha querido
que la familia hermana fuese una,
y que sólo á los justos desiguales
fuesen ante la ley los criminales.

Al nacer de un honrado carpintero,
desnudo en un portal, lección sublime
ofrece de igualdad al mundo entero.
Ve que la humanidad esclava gime,
y generoso espira en un madero
por librarla del yugo que la oprime,
¡Y el hombre imbécil, mísero gusano,
se transforma en verdugo de su hermano!

Déspotas insensatos de la tierra,
temed, temed el día tremebundo
en que gritando ¡Libertad y guerra!
se estremezcan los ámbitos del mundo.
Temed, temed; al pueblo no le aterra,
cuando rompe sus frenos iracundo,
la necia pompa y esplendor del trono...
Todo lo vence al fulminar su encono.

Venid á mí, los que mirais la vida
sólo de amargos sinsabores llena,
los que llevais la frente desteñida
por el hambre y la sed, al mundo ajena;
y vosotros ¡oh turba envilecida!
que arrastrais indolentes vil cadena,
jornaleros, esclavos y mendigos,
venid á ser de la verdad testigos.

Pueblos de Europa, pueblos de la tierra...
no hay más que una nación y un soberano
que á cuanto el orbe en su contorno encierra
dió vida con su aliento sobrehumano.
Alzad ¡oh pueblos! un pendón de guerra,
y el infante, y el joven, y el anciano,
seguidle si hay valor en vuestros pechos,
y haced prevalecer vuestros derechos.

Sí, pueblo libre... tus derechos vela...
vela tu santa libertad querida...
no te duermas, sagrado centinela
de tu honra propia y de tu propia vida.
Si el político mar calma revela,
la tormenta quizá ruge escondida
debajo de sus límpidos cristales,
y ¡ay de tí! si á la mar sin rumbo sales!

. . . .

¡Oh!.. no: venid los que al sagrado acento
de ¡Patria y libertad! á la pelea
correis sin vacilar. Venid, yo siento
que en mi espíritu ardiente centellea
fogosa inspiración... Sí: dad al viento
vuestro libre pendón, y el mundo vea
que somos grandes y lidiar sabemos,
cuando ultrajada nuestra frente vemos.

Harto, pueblo leal, hemos sufrido:
fué vergonzoso sufrimiento tanto...
Si dignos de otra suerte hemos nacido,
alcemos de una vez el grito santo,

y que suene el cañón... Yo á su estampido
libre y guerrero entonaré mi canto,
y os llevaré con él á la victoria,
ó á morir en la lid, pero con gloria!

FRAGMENTO

Decís que amais á vuestros hermanos...
qué haríais, pues, si los aborrecieseis?

F. LAMENNAIS.

Si hubiese una expresión tan elocuente
que el interior del alma revelara
cuando sabe sentir... si cuanto siente
con el humano acento se explicara,
esta ansiedad que me devora ardiente,
este infierno en que vivo, se calmara;
que las penas más grandes se aminoran
y son más dulces cuando dos las lloran.

¡Oh! sí: porque dos almas que se vieran
esclavas á la vez de un pensamiento,
y el veneno cruel las dos bebieran
de inexplicable y roedor tormento,
y consuelo á la vez las dos se dieran
siendo así de sí mismas alimento,
en placer su dolor se tornaría...
¡mas, ay! sueño es no más la simpatía.

No consiste en sentir: aunque se sienta
esa virtud no vence al egoismo.
Esta miseria vil más se acrecienta
cuando se siente más, y no es lo mismo
sentir que padecer; el hombre inventa
para vivir en su brutal cinismo,
medios de hallar placer en su amargura,
porque amar á los hombres se figura.

Yo no niego el amor; sé bien que existe.
Pero aunque esclavo dél, sólo concibo
una pasión fugaz que se reviste
de eterna duración, y en su atractivo
envuelto lleva el desengaño triste
que cual todos los hombres yo recibo,
de que es sólo una ley que obedecemos,
porque de tierra el corazón tenemos.

Ley terrible, en verdad, que fué dictada
por un Dios de sus obras receloso,
barrera entre Él y el hombre colocada,
dogal que al débil pone el poderoso...
miseria de opulencia disfrazada...
valle de afán mintiéndonos reposo...
tener de infierno y esperar de cielo...
esto es amor en el mundano suelo.

¿Y esto puede engendrar la simpatía?
No deliremos, hombres y mujeres.
Dios el amor sobre la tierra envía,
á su entrada brindándonos placeres,
y al apurarlos, la lección que un día
dió cuando dijo á los humanos seres:
Yo soy el Creador, bajad al mundo,
en vosotros no más mi gloria fundo.

¿Y esa lección divina no te aterra?
¿No te anonada, di, mundo dormido?
¿No comprendiste la verdad que encierra
la palabra que Dios te ha dirigido
cuando su soplo te lanzó á la tierra?
Yo á fuerza de sufrir la he comprendido.
Por eso, solo, mi dolor devoro,
y sólo á Dios con entusiasmo adoro.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Á.....

Envidia tengo al hombre que te mira.
Feliz ese mortal, hermosa Elvira,
que en un cielo de amor vive á tu lado,
porque al hablar contigo, el perfumado
y dulce aliento de tu labio aspira:
porque tu risa enagenado mira,
tan pura como el soplo delicado
del céfiro galán y enamorado
que del vergel entre las flores gira...
¡Oh! mil veces feliz... Si yo tuviera
un laurel de poeta, y su ventura
él por este presente me cediera,
bella mujer, no juzgues que es locura...
el nombre de Quintana yo le diera,
por tu sonrisa angelical y pura.

NO PUEDO

Amas y temes amar,
porque es muy triste un amor
que se tiene que ocultar
del mundo aleve y traidor,
por no verlo profanar.

Temes amar, porque ves
que tu amor es un delirio,
que de su encanto á través,
te anuncia el rudo martirio
que ha de matarte después.

Temes hallar las espinas
que ocultan sus lindas flores...
Pobre mujer! No imaginas
que se aumentan tus amores
al paso que los dominas.

No sabes que si en el pecho
germina oculta pasión,
del alma misma á despecho
se aumenta, y el corazón
para guardarla es estrecho.

Juzgas que se extinguirá
si en el alma la sepultas,
cuando abrasándote está...
Por eso al mundo la ocultas
desorientada quizá.

No sabes que hay invisible
un poder dentro del alma,
que de un modo incomprensible
revela tras de la calma
del rostro, el afán terrible.

No sabes que desatando
de su cárcel los cerrojos,
más intensidad cobrando,
irá tu inquietud pintando
en el cristal de tus ojos.

Y es en vano que se ostente
bajo el velo engañador
de un sentir indiferente;
que es mudo, pero elocuente,
el idioma del amor.

EN UN BAILE

¿Quién eres? tapada, di,
que al mirarte tan hermosa,
tan sutil y revoltosa,
de amor suspiré por tí?
¿Por qué ocultas con empeño
tu risueño
semblante de serafín,
si tengo que ser al fin
de tus secretos el dueño?

¿Por qué bajo el antifaz
que á quien le mira da enojos,
brillan esos negros ojos
que me robaron la paz?
Descúbrete, que un poeta
de alma inquieta
y de ardiente corazón,
te brinda su inspiración
á tus hechizos sujeta.

Descúbrete: quiero ver,
ya que quien eres ignoro,
si es un ángel lo que adoro
ó es tan sólo una mujer.
Si eres ángel, á tu cielo
torna el vuelo,
que no te merezco á fe.
Si eres mujer, di, ¿por qué
no das á mi afán consuelo?

Oh¡ di, ¿Por qué ese rigor
con quien amante te mira,
con quien cautivo suspira
por tí, muriendo de amor?
Ten piedad, tapada bella,
sé la estrella
salvadora de mi afán,
y mis labios besarán
de tu enano pie la huella.

Iré de tu encanto en pos,
y si al fin nos comprendemos,
de nuestras almas haremos
un alma fundida en dos;
que una carga maldecida
es la vida
sin los goces del amor,
y yo, triste trovador,
de amor tengo el alma henchida.

EPISODIOS DE MI VIDA

Á......

Alma del alma... ¿qué tienes?
¿Por qué en tu rostro se pinta
con melancólica tinta
la palidez del pesar?
¿Por qué no brilla en tus ojos
el fuego de la alegría?
¡Ay! tu padeces, María,
y te avergüenza llorar!

Padeces... algún recuerdo
te está devorando el alma
y aparentar quieres calma
en tu semblante tal vez.
Tal vez en tu pensamiento
están con fuego grabados,
los ensueños nacarados
de tu primera niñez.

Quizá suspiras por ellos,
y al contemplarlos perdidos,
borrarlos con tus gemidos
intenta tu corazón...
¡Ay! sí, lo intentas en vano,
que los goces que pasaron,
si recuerdos nos dejaron
eternos, María son.

Eternos, sí... no se borran;
y para darnos tormento,
unidos al pensamiento
siempre caminando van.
¡Ah! no se separan nunca:
son la esencia de la vida;
y la postrer despedida
en el sepulcro nos dan.

Allí, cuando la materia
ve que el espíritu impera
y se hablan por vez postrera
para apartarse los dos;
con voz apagada y triste
con el último lamento,
dice al hombre el pensamiento:
Adiós para siempre, adiós.

Sí, María: cuando niño
también, como tú, juzgaba
que un recuerdo se olvidaba,
que era sólo una ilusión;
y embebido en tal quimera,
pobre niño, no sabía
que un recuerdo no moría
sino al morir la razón.

Hoy que recuerdo y que sufro,
hoy que sé como nos matan
cuando el encanto desatan
de nuestros goces de ayer;
á la agonía del alma
los ojos buscan consuelo,
y elevándolos al cielo
el llanto dejo correr.

¿Lloras ya? Tu llanto enjuga...
mis palabras te harán daño,
que sé bien que un desengaño
lleva envuelta mucha hiel.
Calla y escucha; en el mundo
en que por desgracia estamos,
siempre, mujer, encontramos
lo amargo en pos de la miel.

Perdóname si del mundo,
al pintarte los amaños,
la hiel de los desengaños
en tu corazón vertí...
Esas lágrimas de fuego
que de tus ojos brotaron
sin querer... me revelaron
que hay algo de grande en tí.

Ese llanto me revela
que aún en tu pecho hay guardadas
cenizas mal apagadas
del fuego de la virtud.
Sí, mujer... porque aunque niño,
tengo el corazón ya viejo:
me basta con el reflejo
para saber donde hay luz.

Habla... no receles, habla:
no temas que sin respeto
á tu mal, venda el secreto
á ese mundo engañador.
No temas, no, te lo juro
por Dios, Él será testigo...
haz cuenta que estás conmigo
á los pies de un confesor.

Habla, revélame todo:
de tu posición me olvido;
de nadie será sabido
lo que yo sepa de tí.
Juro guardarte el secreto
por el amor de mi madre,
por la memoria de un padre
que siendo niño perdí.

¡Oh! sí, lo juro... y si un día,
á mi honor haciendo mengua,
impía y torpe mi lengua
lo llegase á revelar;
que al yugo de atroz tormento
por ser perjuro sucumba,
sin que haya quien á mi tumba
vaya una vez á llorar.

Enjuga, enjuga tu llanto:
habla... no me martirices:
con tu silencio me dices
que no me conoces bien.
Juzgas que, porque en el mundo
entre los engaños vivo,
del mundo lección recibo
para engañarte también.

No abrigues tal pensamiento.
Bien se distingue, María,
la llama de una bugía
del sideral esplendor.
Bien sabes que azogue y oro,
aunque íntimamente se unen,
al momento se desunen
si se les pone al calor.

EL MENDIGO

Pasad, pasad altivos rozando mi ropaje,
señores opulentos, por junto á mí pasad:
y echadme esa mirada de compasivo ultraje
que arroja á los mendigos la impía humanidad.

Pasad, y si importuna llegase á vuestro oído
del moribundo anciano la dolorida voz,
con carcajada imbécil burláos del quejido
que de su pecho arrancan el hambre y el dolor.

Pasad indiferentes, sedientos de placeres:
á espléndidos salones frenéticos corred;
y el oro á manos llenas, para comprar mujeres
que os vendan sus hechizos, con profusión verted.

Corred á los salones, dormíos en la orgía,
y con el labio torpe que os preste la embriaguez,
notoria haced la infamia de la mujer que un día
manchó por culpa vuestra de un hombre la honradez.

Sí, sí, buscad placeres... corred á los salones,
y al desacorde ruido de impúdico laúd,
haced á Dios objeto de báquicas canciones,
secad con vuestro aliento la flor de la virtud.

A......

Á tí bella mujer á quien adoro
como adora el marino la bonanza;
á tí, por quien derramo amargo lloro
al ver mustia la flor de mi esperanza;
perdido el bien de mis ensueños de oro,
mi corazón en su orfandad te lanza
este sentido canto de amargura,
expresión de su amante desventura.

No con trovas de plácida armonía
vuelvo, mujer, á tí; que ya del alma
por siempre huyó el placer y la alegría,
y aquellas horas de amorosa calma
en que al arrullo de tu amor dormía.
Todo... todo pasó; la altiva palma
de mi ambición, del huracán batida,
yace del valle en el confín tendida.

El desengaño deshojó la historia
de aquellas ilusiones nacaradas,
de aquellos sueños de futura gloria:
todas de su rigor fueron llevadas,
el recuerdo dejando á la memoria
de aquellas horas por mi mal pasadas,
en un perdido mundo de delicias,
de abandono, de amor y de caricias.

E... E... si no lloras...
no tienes corazón ó no has amado:
si recuerdas aquellas seductoras
imágenes de amor de lo pasado,
si como sufre el corazón no ignoras
cuando suspira y gime enamorado,
ten compasión de mí..., de mis pesares,
y de este llanto que derramo á mares.

Ten alma de mujer... De mi destino
templa el duro rigor. Sólo y errante
cruzaré sobre el mundo mi camino,
tu imagen de mi ser siempre delante,
como en medio del mar triste marino
que el faro salvador mira distante,
cuando en el cielo la tormenta zumba,
y sólo mira en derredor su tumba!

. . . .

¡Oh! ¿qué será de mí cuando te llame
y á mi voz compasiva no respondas,
y en sed de amor mi corazón se inflame...
y tu á mis ojos sin piedad te escondas?

Ten alma de mujer... consuelo dame:
ten compasión de mis querellas hondas:
devuélvele la paz que le robaste
al triste corazón que cautivaste.

Ven á enjugar mi llanto, cariñosa,
ilusión de mis últimos amores...
ven á mí... Pero no, vive dichosa,
sé más feliz que yo... Borde con flores
tu camino el Señor... y venturosa
el padecer sobre la tierra ignores...
Olvida con mi nombre mi recuerdo,
y huye de mí, que con mi amor te pierdo.

IMPROVISACIÓN

Á LA POETISA D.ª R. C.

La mujer en el mundo no es dichosa,
por más que, con falaz hipocresía,
adulando su joven fantasía
la mire el mundo y la proclame hermosa.

Lo será si modesta y virtuosa
al templo del saber sus pasos guía,
y ceñida la sien ostenta un día
con la diadema de laurel honrosa.

La hermosura no es más que una quimera.
¡Página en blanco de la humana historia!
Sigue con fe del arte la carrera,

Que es muy grato dejar una memoria
que acredite á la gente venidera,
intachable virtud, mérito y gloria.

1857.

VIVID Y AMAD

Cuando está el alma de dolor ajena,
cuando borda la vida
con sus tintas de rosa la ilusión,
cuando de encanto y de placeres llena
todo á gozar convida
al juvenil y ardiente corazón;

¡Hermoso entonces aparece al hombre
su inmenso panorama
á través de su mágico cristal!
No la ambición quimérica de un nombre,
ni la futura fama,
tiene á sus ojos atractivo igual...

Al aura de purísimos placeres,
se sienten impelidas
muellemente las horas resbalar,
porque entonces, hermosas las mujeres,
para el amor nacidas,
sólo nos brindan á vivir y amar.

Dos ojos que las miran se enamoran
y por instinto, vagos,
tras el encanto de sus ojos van:
sus miradas entonces atesoran
los primeros halagos
y las caricias del materno afán.

Entonces es más dulce la sonrisa
de su labio hechicero
al que á obtenerla por su bien llegó,
que de la fresca y juguetona brisa
el hálito primero,
es á los lirios que al nacer besó.

La inocente sonrisa, la mirada
de una mujer hermosa,
en esa edad de regalado bien,
hace mirar al alma enamorada
con magia prodigiosa
vanos los goces de oriental edén.

¿Valen tanto, tal vez, esos jardines
empapados de aromas
que del placer inspiran el sopor,
donde al soltar su voz los colorines,
remedan las palomas
con su arrullo los trinos de su amor?

¿Vale tanto, tal vez, la dulce queja
que al son de guzla mora
hurí cautiva á las estrellas da,
cuando en las notas de su canto deja
saber á quien la adora
que no es feliz porque cautiva está?

¿Vale tanto el placer que centellea
en la pupila ardiente
del soñoliento y lúbrico sultán,
que su amorosa sed calmar desea
en el seno turgente
de las esclavas que su amor le dan?

¡Oh! no, que en esa edad de bienandanza
no hay goces en la tierra
que á sus goces se puedan comparar:
dormidos el deseo y la esperanza,
el alma sólo encierra
el sentimiento de vivir y amar.

¡O! sí, venid y amad!.. Bella es la vida
si de encantos la llena
con sus mágicas tintas la ilusión;
si una mujer para el amor nacida,
la tempestad serena
con que amaga el hastío al corazón!

Venid y amad: envidio la ventura
de los dichosos seres
para quienes amor benigno fué!
¡Yo, triste, en este valle de amargura
no encuentro en las mujeres
una que amor para vivir me dé!

Tal vez quiere mi estrella que sucumba
mi corazón vacío
en solitario y triste suspirar,
sin que nadie se acerque hasta mi tumba,
por el recuerdo mío
una lágrima triste á derramar!

¡Oh virgen poesía, yo te adoro!.
Sé mi luciente faro
en el revuelto mar del porvenir...
Yo tu favor con entusiasmo imploro...
no me niegues tu amparo,
cúbreme con tus alas al morir.

1856.

A......

Tanta ilusión de amor, tanta quimera
no llores, Carolina,
porque perdiste tu beldad primera;
aquella hermosa creación divina
que el sumo bien de tus delirios era.

Todo pasó... no llores... todo pasa,
porque todo es locura:
el amor, la amistad que nos abrasa
y la gloria que el alma se figura
cuando el dintel de la razón traspasa.

Pero es bello vivir. Tiene la vida
tan dulcísimo encanto,
que si al perder una ilusión querida
vierten los ojos doloroso llanto,
siempre con nuevos goces nos convida.

Si el dulce bien de la ilusión dorada
conserva la memoria,
si aquel llanto cruel deja grabada
una página triste en nuestra historia,
otra senda mejor deja trazada.

Tu no sabes cual es... ¡ah! no lo extraño:
tan joven todavía,
víctima triste del primer engaño,
tu virgen corazón no comprendía
cuanto bien atesora un desengaño.

Es una senda que no tiene flores,
ni le rinden tributo
con su trino de amor los ruiseñores:
mas tiene un sol de ardientes resplandores
y árboles tiene de sabroso fruto.

El sol de la verdad es el que brilla
y alumbra su camino:
y los frutos que crecen en su orilla
son la fe y la razón, fruto divino,
del sumo bien fructífera semilla.

EL EXPÓSITO

¿Por qué lloras desnudo y sin abrigo?
¿Quiénes tus padres son? ¡Tal vez lo ignoras!
¡Ah! suspiras y callas! Ven conmigo,
que me partes el alma cuando lloras.
Recoge tus harapos, inocente;
ven y estrecha mi mano...
no temas ¡ah! mirarme frente á frente,
que al fin eres mi hermano,
mal que le pese al mundo indiferente
que apático te mira,
y esa moneda con desdén te tira!
Maldiga Dios al hombre envilecido
y á la mujer de corazón de hiena,
que te dieron el ser y te han uncido
de tan duro vivir á la cadena.

¡Oh! ¿no valiera más que, pues es tanta
la desventura que te aguarda triste,
con un dogal atado á la garganta
te arrojasen al mar cuando naciste?
¡Ay! tus ojos levanta
del valle de tu amargo desconsuelo...
la patria del que sufre está en el cielo.

¡Pobrecillo! Mañana cuando llegues
á saber el secreto de tu historia,
cuando el recuerdo á lo pasado entregues,
y acudan en tropel á tu memoria
estos de tu niñez amargos días,
¡ah! ¿que será de tí?.. ¡Dios justiciero!
¿Quién con palabras pías
le apartará del criminal sendero?
¡Ah! Tú que amparo protector envías
á todo cuanto de tu aliento emana,
compasivo por él vela mañana!
Si á tus decretos plugo
sumirle desde niño en la pobreza,
no permitas que el hacha del verdugo
tronche mañana su gentil cabeza.
La sociedad, la sociedad mezquina
que por do quiera caridad pregona,
al cadalso insensata lo destina.
Lo ve solo, Señor, y lo abandona...
Tú con tu luz su espíritu ilumina
y sálvale, Dios bueno...
Pon, por piedad, á sus instintos freno.

Cuando llame á las puertas de su infancia
la loca juventud con su delirio,

dale resignación, dale constancia
para sufrir sereno su martirio.
Apaga su ambición... yo te lo ruego...
Cuida, señor, que esa pasión mundana
no encienda en él su devorante fuego,
que sinó, criminal será mañana.
Desatentado y ciego
correrá tras quiméricos placeres,
y olvidará por ellos sus deberes....
¡Oh! sálvale, Señor! Muéstrale el mundo,
no paraíso de fragantes flores,
sino mezquino lodazal inmundo,
manantial de perpetuos sinsabores.
Tu lo sabes, Señor... Al mundo vino
con un sello fatal... y ¿qué le espera,
si al recorrer su áspero camino
no lleva la virtud por compañera?
¡El infame baldón del asesino!
Á eso sólo le lanza
su natural deseo de venganza.

¡Sí, venganza!.. Los hombres estamparon
en su frente la marca de un delito
hijo de su miseria... y le dejaron
su porvenir en esa marca escrito.
Mañana, su razón, su inteligencia,
le harán odiar y maldecir al hombre
que, al darle la existencia,
le dió con ella un afrentoso nombre.
Del mundo en la presencia
su orgullo natural verá ofendido,
y no podrá su voz dar al olvido.

¡Pobre niño! Mañana triste, hambriento,
y con el alma de dolor cubierta,
de su padre, tal vez, rico avariento,
desesperado pulsará la puerta
y le dirá con espirante acento:
—Hambre tengo, señor.—Hambre?.. Trabaja.
. . . .
. . . .
Esos harapos tira;
y si tu triste porvenir te aterra,
el Rey te da un fusil, parte á la guerra.

Á la guerra le mandan... y sus manos
movimiento vital tienen apenas...
¡á la guerra le mandan inhumanos,
á derramar la sangre de sus venas!
¿Por defender á quién? Á sus hermanos?
¡Oh! posa tu cabeza en mi rodilla...
Orgullo tengo en sostener su peso
y grabar en tu pálida mejilla,
niño infeliz, un cariñoso beso...
Ven... si el mundo te mira y te abandona,
libre mi canto su maldad pregona.

1857.

Á SOLAS

Cesa, cesa corazón...
cesa, no me martirices...
sofoca en tí la pasión,
que los goces que predices
queriendo amar, sueño son.

Vuelve á tu calma de ayer
y no suspires por ella,
corazón; bien puede ser
que el amor de esa mujer,
te haga maldecir tu estrella.

Si alcanzas lo que es amar,
con el torcedor terrible
de esperar y no alcanzar,
luchando por olvidar
lo que olvidar no es posible:

Si alcanzas todo el dolor
de amar con la lengua muda
y estar muriendo de amor,
y estar viviendo de duda,
de esperanza y de temor:

Si alcanzas lo que es vivir
con un bello pensamiento
cifrado en el porvenir,
teniendo el presentimiento
de esperar sin conseguir;

Vuelve á tú calma de ayer
y no suspires por ella,
corazón; bien puede ser
que el amor de esa mujer
te haga maldecir tu estrella.

1857.

LA VIDA

¿Ves, Julio, aquella flor encantadora
que su hermoso color robó á la grana?
Ves cual su cáliz desabrocha ufana
por saludar á la naciente aurora?

Pues esa misma flor que ves ahora
gallarda erguir su juventud lozana,
si á este mismo vergel vuelves mañana,
marchita la verás... mustia, incolora.

¡Tal es la flor de nuestra corta vida!
Esparciendo suavísimos olores,
del mundo en el vergel se ostenta erguida

Al despuntar del sol los resplandores...
Á la tarde, del tallo desprendida,
ya no tiene ni aromas, ni colores!

1854.

Á LA MEMORIA DE D. C. F.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.

Señor, Señor! ¿Así se torna el hombre
en polvo nada más? Miseria humana,
que revestida de orgulloso nombre
te agitas hoy para no ser mañana;
Deja, deja un momento
los atavíos de esa pompa vana
con que te acercas á escuchar el canto,
que entre las tumbas con dolor levanto.

Olvidado mortal, abre los ojos...
Detén aquí tu mundanal carrera,
y aprende, contemplando estos despojos,
una lección para vivir severa.
Polvo queda tan sólo
de tanta y tan dulcísima quimera
como se forja el alma adormecida,
por el plácido sueño de la vida!

Honores, juventud, poderes, gloria,
ambiciones, riquezas, hermosura,
ciencia... nada... que apenas la memoria
nos dejan ¡ay! para la edad futura.
Todo, mortales, pasa
como en las sombras de la noche obscura
relámpago fugaz que resplandece
y perdido en las sombras desparece.

¡Y qué! ¿No tiene el hombre otro destino?
Cumple, Dios bueno, su misión sagrada,
este mundo cruzando peregrino
sin encontrar reposo en la jornada,
Hasta dar en la tumba
donde sepulta su insondable nada?
En tan revuelto mar, piloto incierto,
pasado el temporal, no hallará puerto?

¿Ese rayo de luz inextinguible
que engrandece el humano entendimiento,
y sondea el arcano incomprensible
de la tierra, del mar, del firmamento...
Ese *yo* cuya esencia
anima el atrevido pensamiento
y á gloriosas empresas le conduce,
muere también y á polvo se reduce?

No, mortales. De Dios á semejanza,
un alma en nuestro ser está escondida,
y allí viven la idea y la esperanza
de otro mundo mejor y de otra vida.
Y cuando desparece
de tan mezquino fango desprendida,
acaso envuelta en invisible nube
del Juez supremo al llamamiento sube.

¿Quién sabe? Acaso á la materia inerte
adiós dirá con el gemir postrero,
y tomará las alas de la muerte
para ir de Dios al tribunal severo...
Allí, si en este valle
de la excelsa virtud cruzó el sendero,
gozará del Eterno los favores,
la sien ceñida de fragantes flores.

¡Allí estará tal vez la del que tierra
tornado veis con sentimiento ahora!
Porque una tumba su cariño encierra,
su madre triste y desolada llora...
Id, enjugad su llanto...
tal vez fué justo y en el cielo mora,
y desde allí raudales de consuelo
derramará sobre su amargo duelo.

Decidle que no llore... que del alma
aparte ese recuerdo doloroso.
Id y á su corazón volved la calma,
compasivos, en trance tan penoso.
Decidle que la muerte
es un ángel que baja misterioso,
y á los supremos goces de otra vida
mensajero del cielo nos convida.

Vosotros ¡ay! los que le habeis seguido
en pos de los despojos funerales
á la mansión de lágrimas y olvido
donde acaban los sueños mundanales;
Por él, tristes plegarias
alzad á las regiones inmortales,
y no aparteis jamás de la memoria
el fin tremendo de la humana historia.

1856.

A.....

Ya comprendí el misterio que encerraba
estancada esa lágrima en tus ojos:
comprendo ya por qué en tus labios rojos
esa amarga sonrisa se anidaba.

Tu volcánica mente recordaba
de tu virtud los míseros despojos,
y llorabas mirando los abrojos
que entre flores el mundo te ocultaba.

De amor la copa te brindó y bebías
creyéndola de miel, y era el veneno
que marchitaba tus mejores días.

Creíste el mundo de delicias lleno,
y en tu anhelante afán, sólo agonías
hallaste, hermosa, en su bastardo seno.

AMOR PATRIO

Nescio qua natale solum dulcedine mentem
Tangit, et immemorem non sinit esse sui.

(Ovidio)

Si es dulce al desterrado
que llora errante de su patria lejos,
consagrarle un suspiro atribulado
cuando el sol con los últimos reflejos
la cumbre altiva de los montes dora
de aquel país donde proscrito llora;

Si es dulce al peregrino
que al cansancio y la sed dobla la frente,
al término encontrar de su camino
el agua pura de sabrosa fuente,
y un bosque de amenísimo follaje
do pueda descansar de su viaje;

Si es dulce al marinero
divisar en la noche tenebrosa,
la blanca luz de brillador lucero
sobre las playas de su patria hermosa,
cuando en las olas de la mar bravía
miró su tumba al caminar sin guía;

Si dulce es al mendigo,
en una noche tormentosa y cruda,
al buscar un sustento y un abrigo
verse de hallarlo en la horrorosa duda,
y encontrar en la angustia que le aflige
quién á un lugar de amparo lo dirije;

Si es dulce á madre amante
salvar el fruto de su amor primero
del furor de un incendio devorante,
y con cariño santo y verdadero
de su inmenso placer en el exceso,
darle llorando cariñoso beso;

Si dulce es al anciano
la llegada del hijo que valiente
partió á la guerra y vuelve veterano,
con orgullo mostrándole en la frente
el honroso laurel de la victoria
conquistado en el campo de la gloria;

Si es dulce al que inocente
en infame prisión la vil cadena
del criminal arrastra injustamente,
la sentencia escuchar que de la pena
le liberta y le vuelve con la vida
honra, fortuna y libertad perdida;

Si es dulce al pueblo esclavo,
que bajo el yugo de un tirano gime,
cansado de sufrir, romper al cabo
la ominosa cadena que le oprime
y el grito levantar de independencia,
de su mismo tirano á la presencia:

Más dulce á mí me fuera
que del genio la llama inspiradora
el Señor en mi espíritu encendiera,
para poder, en cítara sonora,
consolar con dulcísimos cantares
de tus hijos, Galicia, los pesares.

1853.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA D.ª E. J. S.

Lo que puede ofrecerte el arpa mía
no es, Efigenia, una canción de amores.
De la ilusión que me halagaba un día
deshojadas las flores,
triste, muy triste para tí sería;
y no quiero que llores
cuando amanece el sol de tu alegría.

De la vida la dulce primavera
tiende á tus ojos su florido manto...
De su sereno lago en la ribera,
no quiero que mi canto
te haga verter la lágrima primera
del triste desencanto,
al empezar tu juvenil carrera.

Si el mágico ideal de tu ventura,
si esas de amor visiones tentadoras,
realidades tu mente se figura,
si su mentira ignoras
¿á qué darle la hiel de la amargura
al cáliz de tus horas,
hechicera, inocente criatura?

No: yo no tengo corazón de cieno;
y si en la impura bacanal del vicio
en vez de dulce miel bebí veneno,
lejos del precipicio
de sus maldades, de entusiasmo lleno,
los goces acaricio
de la virtud á quien abrí mi seno.

Aún doblo la rodilla en sus altares.
Si apenas de la vida en la alborada
mi joven corazón guarda pesares
del alma enamorada;
al recordar los turbulentos mares
de mi vida pasada,
mi gratitud le rinde sus cantares.

No, virgen; de tus labios infantiles
apartaré la copa del martirio:
respetaré el candor de tus abriles,
y el amante delirio
de tus futuras glorias juveniles...
no seré, blanco lirio,
el vendaval que ruja en tus pensiles.

No; tornárame yo, nardo del río,
por aspirar tu esencia embriagadora,
en fresco y verde pabellón sombrío...
en lluvia bienhechora...
en fecundante gota de rocío...
en nube veladora
de tus encantos para el sol de estío.

¡Oh, perdónale á un alma que delira
este deseo que alimenta en vano!
Ángel de amor, tu rostro me lo inspira!
—¡Ah! si me ves en el erial mundano,
de mí tus ojos por piedad retira!
Lejos de mí tu magia irresistible...
porque verte y no amarte es imposible.

1857.

Á UNA MÁSCARA

Hechicera tapada: yo respeto
el antifaz que vela tu hermosura,
y aunque loco me torna tu aventura,
adivinar no quiero tu secreto.

Suena tu voz, y el corazón sujeto
queda, mujer, á su cadencia pura...
y embriagado en su mágica dulzura
con misterioso afán suspira inquieto.

Sé que al fuego de amor soy insensible,
y por eso no temo el escucharte...
no temo esa mirada irresistible

Que para mí de tus pupilas parte;
pero no quiero verte, que imposible
fuera verte, mujer, y no adorarte.

1855.

DESENCANTO

Cuando se mustian las flores
del vergel de la esperanza,
sacudidas por el viento
de fatigadoras ansias:
cuando el árbol del pesar
raíces echó en el alma,
y hace gemir la materia
bajo el peso de sus ramas:
cuando no existe en el mundo
más consuelo á la desgracia,
que derramar en secreto
hondas y sentidas lágrimas,
por un triste desengaño
del corazón arrancadas:

cuando en lucha irresistible
en nuestro interior batallan,
el deseo de esconderlas
con el afán de llorarlas,
hasta que al fin, de los ojos
por su propio peso saltan:
cuando á pensar en sí mismo
atento el hombre se para,
y absorben su pensamiento
la eternidad y la nada;
cuando al mar del porvenir,
bajel sin rumbo se lanza,
y el temporal del misterio
le envuelve en sus ondas bravas;
entonces, mujer, entonces
es la existencia una carga
que infeliz sobre los hombros
por instinto el hombre arrastra,
hasta que falto de aliento
tiene al cabo que arrojarla
en el hueco de una tumba,
por incómoda y pesada.

1856.



AMOR

Cesen, mujer, tus enojos
que son injustos á fe,
con quien esclavo se ve
de la lumbre de tus ojos.
Tórnese á tus labios rojos
tu hechicero sonreir
y acábese mi sufrir...
que si para amarme vives,
no sé como no concibes
que te amo para vivir.

Y es á mi vida tu amor,
lo que el timón á la nave,
lo que el nido para el ave,
y el riego para la flor.

Y á soportar tu rigor,
no dudara en preferir,
cien y cien veces morir...
¡Ay! si para amarme vives,
no sé como no concibes
que te amo para vivir.

Por eso á mi amor ofende
tu amarga melancolía,
y el volcán de mi agonía
tu oculto pesar enciende.
¡Oh! mi razón no comprende,
ni jamás podrá inquirir
la causa de tu sufrir...
Di: ¿si para amarme vives,
mi dulce bien, no concibes
que te amo para vivir?

Tal vez sorprendió en mal hora
los delirios de tu alma,
para robarte la calma,
la duda desgarradora.
Tal vez, víbora traidora,
te hace, mi bien, presentir
que mi amor puede extinguir
otro amor... ¡Ah! ¿no concibes
que si para amarme vives,
yo te amo para vivir?

¿Puedes de mi amor dudar?
Juzgas que pueda engañarte
quien tornó para adorarte
su pensamiento en altar?

Si tal puedes sospechar,
te lo sabrá desmentir
mi apasionado latir...
que si para amarme vives,
no sé como no concibes
que te amo para vivir.

¡Oh! si tu amor me faltara
y tu labio me dijera
que digno de tu amor era
quien muriendo lo alcanzara,
la muerte ufano buscara
por poderlo conseguir,
que sin tu amor, el vivir
fuera en vano, pues concibes
que si para amarme vives,
yo te amo para vivir.

Juzgar esto adulación
fuera hacerme injusto agravio...
que cuanto dice mi labio,
lo siente mi corazón.
¡Cuando es verdad la pasión
que llegamos á sentir,
mal puede el labio fingir!
y si para amarme vives,
no es cierto... si no concibes
que te amo para vivir!

1857.

Á LOS MÁRTIRES DE CARRAL

Salud, ilustres mártires que un día
á la voz del honor, libre bandera
supísteis tremolar con hidalguía
en gloria y prez de la nación entera!
Yo vengo, en nombre de la patria mía,
á ofreceros la trova lastimera
de mi laúd jamás envilecido,
al oro nunca ni al favor vendido.

Salud, y perdonadme si profano
llego á turbar la religiosa calma
en que dormís, bajo ese polvo vano
que hará brotar la inmarcesible palma
que un día ceñireis. Libre y ufano,
de cívico entusiasmo henchida el alma,
poeta sobre el mundo, peregrino,
vengo á cumplir cantando mi destino.

De vuestros hechos el padrón glorioso
guarda el pueblo leal en la memoria,
agradecido siempre y generoso
con quien muere en defensa de su gloria.
Si un mal soldado, infame y alevoso
arrancó á vuestra causa la victoria,
jamás la suerte se le muestre amiga,
la maldición del cielo le persiga!

¡Otra infamia la empresa bienhechora
malogró de los bravos Comuneros!
Maldiciendo la vil mano traidora,
Padilla y sus bizarros compañeros,
el mismo día y á la misma hora
que arrojabais vosotros los aceros,
doblaban con honor las nobles frentes,
muriendo como libres y valientes.

¡Día fatal en que el primer gemido
mirando el mundo dí! Día de luto
para todo español agradecido
al sublime y magnánimo tributo
de las almas ilustres que han sabido
seguir las huellas de Catón y Bruto,
muriendo por librar á sus hermanos
de la opresión cruel de los tiranos.

Salve, salve, animosos campeones
que arrebatados por la santa idea
de libertad, sus ínclitos pendones
desplegasteis con honra en la pelea,
dando ejemplo sublime á las naciones...
La patria que habiteis el cielo sea...
mientras la fiel Galicia, que os adora,
en vuestras tumbas se entusiasma y llora.

Sí, que lloró también cuando á la muerte
os vió, doliente, caminar serenos,
con noble abnegación y ánimo fuerte,
de fe cristiana y de entusiasmo llenos.
¡Ay! yo lloré también la aciaga suerte
que arrostrabais por libres y por buenos,
y con el alma de dolor transida,
pobre niño, lloré, patria querida!

Lloré, lloré, porque eran mis hermanos
los que iban á morir aunque leales,
y atadas sin piedad iban sus manos
cual si fueran abyectos criminales.
Lloré, porque decían sus tiranos,
por mancillar sus nombres inmortales
y apagar de los justos los clamores,
que á su patria y su rey fueran traidores.

Mentís, que yo los vi! Sobre su frente
no iba la infamia del traidor escrita;
iba la dignidad del inocente
que el furor de los déspotas excita.
Y en su marcial y apuesto continente
iba la ardiente juventud que grita
contra el vil sacrilegio de una pena
que sólo dicta un corazón de hiena.

Parodia inicua del poder del cielo
que con el cielo su injusticia escuda,
de luto y orfandad cubriendo el suelo;
lanzando al crimen y negando ayuda
á la infeliz que en triste desconsuelo,
fijos los ojos y la lengua muda,
mira á sus hijos que en la cuna lloran
y que su incierto porvenir ignoran.

. . . .

Verdugo de las víctimas sagradas,
tiembla, tiembla tu fin; porque á tu lecho
irán á demandarte ensangrentadas
de tus iniquidades el derecho;
y en vano, moribundo, tus miradas
su aspecto evitarán, porque á despecho
de tu ansiedad, será de tu conciencia
el puñal de agonía tu sentencia.

Pueblos, oid: de la verdad divina
ya resplandece el sol, y al despotismo
y sus leyes sangrientas extermina,
y las hunde por siempre en el abismo.
Con sus brillantes rayos ilumina
la noche del odioso oscurantismo,
y un porvenir de paz y de ventura
tras de tantos pesares os augura.

CONSEJOS

¡Llora, llora tu infortunio,
que en este valle de duelo
te ha predestinado el cielo
tan sólo para llorar!
En el piélago del mundo
eres cual nave perdida,
por las olas combatida,
vil juguete del azar.

Eras ayer flor lozana
cuya arrogante hermosura
del vendaval la bravura
con altivez despreció:
hoy eres flor sin matices,
de los insectos ajada,
y en el vergel olvidada
porque su encanto perdió.

No tus lágrimas enjugues
si en silencio consideras
que ayer una virgen eras
y hoy eres una mujer:
ayer dichosa reías,
todo te brindaba encanto...
hoy tornó la risa en llanto,
en dolor tornó el placer.

Ayer en tus negros ojos
el candor se adivinaba:
ayer tu sueño velaba
un ángel de bendición;
hoy estás triste, abatida,
y tu mirar es inquieto,
porque un martirio secreto
te desgarra el corazón.

Ayer, en gentil alarde,
ostentaban tus cabellos
de una flor prendida en ellos
la hermosura y el color:
hoy pálida tu mejilla,
de tus rizos olvidada,
ves á tus pies deshojada
aquella pintada flor.

Ayer tal vez un poeta
que pura te contemplaba,
en silencio te adoraba
y tu alma virgen cantó:
hoy viene á calmar tu pena
de su acento la ternura,
aunque vió que tu hermosura
con oro vil se compró.

¡Pobre flor! Toda tu gala
en el vergel desplegaste;
al céfiro enamoraste,
y el céfiro te besó.
¡Insensata! No sabías
que aquel beso que te daba,
oculto el áspid llevaba
que tus matices robó.

Blanca paloma, á tu oído
llegó un canto lastimero,
de tu amante compañero
remedando el triste afán.
Tu nido amante dejabas
para ofrecerle consuelo,
y te sorprendió en tu vuelo
el astuto gavilán!

¡Ay! Lloras porque el reflejo
de tu candor inocente,
con su aliento torpemente
empañó el mundo soez!
¡Infeliz! Llora en secreto,
que si los hombres te vieran,
tus lágrimas ofendieran
con villana insensatez.

Haz cuenta que fuiste un cuadro
que con diestras pinceladas,
en sus horas inspiradas
un gran artista pintó;
que vino otro artista rudo,
y con intención impura
aquella hermosa pintura
en sucio borrón tornó:

Que luego del genio en alas
llegó otro pintor tercero,
que sin tener del primero
la sublime inspiración,
el cuadro vió, y compasivo
sacó color y pinceles...
y sin afán de laureles
tornó en pintura el borrón.

Llora, y estos desengaños
graba, mujer, en el alma:
en pos de apacible calma
viene recia tempestad.
Nunca olvides que no hay rosa
sin una espina encerrada,
ni amante ilusión dorada
sin amarga realidad.

¡Esto, infeliz, es el mundo!
El mundo que te ha perdido...
ese monstruo envilecido
que profanó tu virtud.
Tus lágrimas resignada
vierte en él, víctima suya,
que cada lágrima tuya
hará sonar mi laúd...
1854.

Á LA MEMORIA DEL INMORTAL POETA

D. M. J. QUINTANA

¡Qué!.. ¿No tienes un hijo, patria mía,
que dignamente la memoria cante
del poeta inmortal, que noble un día
con la sublime inspiración jigante
que en su guerrero corazón ardía,
la llama del honor y el patriotismo
encendió en los valientes corazones,
cuando con voz robusta y prepotente
hizo sonar sus bélicas canciones
por la extensión de la española tierra,
cuando para baldón de los tiranos
dilató por los campos castellanos
los ecos de la gloria y de la guerra?..

AL MÉRITO DE LA SEÑORITA D.ª J. GARCÍA

Artista, ven: el sacrosanto fuego
del numen creador en mí encendiste:
envanecido estoy de ser gallego,
porque gallega como yo naciste.
Ven, que de asombro muda
la juventud que como tú ambiciona
ceñir del genio la inmortal corona,
en nombre de la patria te saluda.

Aquí por vez primera
grata sonó tu voz, dulce y sonora
como el gemir del aura lisonjera,
que al declinar el sol, murmuradora
le da su amante adiós á la pradera;
y aquí de fe, de patriotismo llenos,
hoy hacen á tu mérito justicia
coronando tu frente como buenos,
los verdaderos hijos de Galicia.

Alza la frente, y con orgullo mira:
no alimentes temor; ese murmullo
que tu modesta turbación inspira,
no es el bastardo y mentiroso arrullo
de la lisonja vil: de un noble orgullo
es la digna expresión; son tus paisanos,
que al ver que triunfas de la envidia, ufanos
y entusiastas te aplauden,
más con el corazón, que con las manos...

El silencio que guardan no te enoje;
que cuando abunda en sentimiento el alma,
cuidadosa en sí misma se recoge
para gozar de su placer en calma...
¡Ese silencio indica
que el placer de admirarte no se explica!

Yo, pobre vate, al escuchar tu acento,
al escuchar las dulces melodías
con que llenas el viento,
¡envidia tengo á los gloriosos días
que el porvenir te guarda, y me lamento
de ver morir las esperanzas mías!

Entregado á mis sueños de locura,
en la mañana de una vida inquieta,
para mi sien imaginé segura
la envidiable corona del poeta.
Al viento di por ella mis cantares,
pero sus ecos ¡ay! fueron perdidos
como se pierden en los anchos mares
del náufrago espirante los gemidos.

¡Ah! Corone tu afán mejor destino!
¡sigue con fe del arte la lumbrera,
y plegue al cielo que al fulgor divino
de su rayo, termines tu carrera.
Si es penoso el camino
que nos conduce al templo de la gloria,
la fe todo lo allana,
y el que espera, jamás de la memoria
debe apartar la idea de un mañana.
No le temas por débil á la envidia,
que en este mundo de miserias lleno
siempre el saber con la ignorancia lidia:
el juicio torpe de su labio escucha
con ánimo sereno,
que la gloria del genio está en la lucha.

¡Ah! Yo tan sólo en mi ambición anhelo
que cuando el tiempo con su soplo rompa
del misterioso porvenir el velo
y presente imparcial á otras edades
de nuestra patria la futura historia,
brille unido mi nombre á tu memoria.

1856.

ÍNDICE

Páginas

ERRATAS MÁS NOTABLES

PÁG.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
37	32	occeáno	Oceáno
38	16	lanzarle	lanzarse
55	11	pisa	pisa,
»	18	munda	mundo
70	11	queda	queda:
103	5	embolismo:	embolismo.
107	5	inmortad	inmortal
111	11	corona	coronas
128	6	hermana	humana
163	4	señor	Señor
»	6	sinó	si no
180	27	no	No

